

# LA LECTURA PARA TODOS.

## SEMANARIO ILUSTRADO.

### NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,  
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. . . . .	8 reales.
Seis meses. . . . .	15 »
Un año. . . . .	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.  
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,  
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. . . . .	12 reales.
Seis meses. . . . .	21 »
Un año. . . . .	38 »



¡Pobre niña! pobre criatura! ; Has hecho tú todo eso? (Pág. 294, columna 2.ª)

## PRECIOSA.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN,  
AUTOR DE LA LEYENDA DEL ALFILER.

«Hemos visto el egoísmo que mata : hé aquí el amor que salva.»

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. RAFAEL MEJIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 18).

El estado de abatimiento para el que sobresalía Susana en la ficcion, daba serias inquietudes al demasiado sensible y sincero Crèveœur, que herido ya en una ocasion por la desgracia, á la mas leve indisposicion previa una crisis fatal, y en consecuencia redoblaba sus cuidados, sus atenciones y su abnegacion.  
Susana se envolvía en sus peinadores de mu-

selina de abigarrado color, que hacian apreciar y aun entrever toda su belleza, y tendiéndose muellemente en su divan, se hacia servir por separado en su habitacion, no podia ya soportar la vista de la familia, y cada dia era mayor el vacío que dejaba en torno suyo.

Cuatro niñas, de ruin aspecto, habian venido sucesivamente á aumentar la familia en el espacio de algunos años. La ambiciosa Susana, que esperaba impaciente un hijo, sobre el que contaba atraerse toda la preferencia de Crèveœur y hacerle olvidar de algun modo la predileccion bien natural que le inspiraban las gracias y angelical belleza de Teresa, aquella madre celosa no podia disimular su mal humor al ver contrariados sus planes.

Cuando á ciertas horas la presentaban su rebano de criaturas pequeñas, que, confiadas casi siempre á manos mercenarias, ni tenian gentileza ni encanto alguno, de un tipo vulgar, que armaban disputas, y á cada paso gritaban á su alrededor llamándola la señora, miraba con desaliento y profundo disgusto aquella progenitura; echaba á Teresa la culpa de todas las faltas que

encontraba en su adorno y vestidos, y comparando involuntariamente la triunfante belleza de su hijastra, con la vulgaridad de aquellas criaturitas, despedía bruscamente á todos en un acceso de cólera.

Entonces se quedaba entregada á las mas sombrías reflexiones. Tenia siempre delante de sí un pensamiento amargo, que nunca cesaba de recordar y que minaba su existencia: Teresa seria rica, mucho mas rica que sus hijas, porque además de la parte de herencia comun, se llevaria todo el dote de su madre, reuniendo, por lo tanto, á su rara belleza la ventaja de un dote considerable.

Para distraerse de semejantes ideas, Susana quiso al menos gozar del fausto que proporciona la riqueza, para lo cual estaba preparando una revolucion en las costumbres de la casa de Crèveœur; y como todo cedía ante su voluntad, ó mas bien ante su astucia, debian cumplirse todas sus determinaciones.

Sin gran dificultad pudo persuadir á su médico que el aire de la calle del Camino era perjudicial á su salud, y la causa principal del estado de

marasmo en que se encontraban sus hijas. Bien pronto por orden de la ciencia, se buscó un suntuoso palacio en el barrio del gran mundo para establecer en él aquella familia numerosa, que vivía con demasiada estrechez y se marchitaba de día en día en el patio de una casa de comercio á que no llegaba la luz del sol.

Crèveœur, ya cegado, no retrocedió ante ningún sacrificio para satisfacer aquellas nuevas exigencias. Para poder alternar con las elegantes amigas, cuyo lujo escitaba su envidia, quiso Susana tener un carruaje con el consiguiente aumento de personal y gastos que se originan. ¿Por qué no debiera tener ella también su castillo? ¿Qué se la podría rehusar? ¿No era demasiado bella y amaba á Crèveœur con ternura? Su estado de languidez ¿no pedía se tuvieran con ella las mayores contemplaciones? Crèveœur dió, pues, su asentimiento á tales proyectos, arrastrado por una pasión que le quitaba hasta el más mínimo pretexto de resistencia, y cautivado por las muchas pruebas de afecto que le prodigaba la astuta Susana, la cual á nadie podía ver sino á él, que le absorbía todo el tiempo, y que ni un instante le dejaba disfrutar de libertad, ni quedarse solo.

En consecuencia, compraron un magnífico dominio en Normandía, porque el objeto principal era poder entrar como señora de un castillo en el mismo país que había dejado, sin otra fortuna que su belleza y astucia; y era en extremo conveniente confundir por medio de una entrada triunfal á los antiguos conocidos, que habían sido testigos de los apuros y angustias que experimentaba la casa de su padre cuando salió de ella.

El negociante, subyugado por aquel ascendiente irresistible, pero mirando con terror el porvenir que se le preparaba, se arriesgó algunas veces á decir que los recursos de su comercio, que ya había sufrido bastante con el cambio de residencia, no eran suficientes para subvenir á aquellas prodigalidades; que el dote de su hija Teresa no le pertenecía, y que debía poner al abrigo de cualquier evento aquella suma considerable, cuya responsabilidad pesaba sobre él.

Pero cuando quería abordar semejante asunto, se reanimaba con furor la oculta cólera de Susana: caía entonces en los más espantosos ataques, y solo volvía en sí para reprochar á Crèveœur el no hallar los medios de proveer decorosamente al establecimiento de su familia; entonces le citaba varios nombres de negociantes, que, mezclándose en los negocios rentísticos y en lucrativas especulaciones, habían conseguido realizar en poco tiempo fortunas colosales, y concluía con echarle en cara el no querer salir de la rutina tan antigua de la calle del Camino. Algunas veces le presentaba banqueros ó agentes de cambio que insistían una y otra vez en duplicar su fortuna, con tal, empero, que quisiera asociarse á su peligrosa industria.

Crèveœur no se encontró con el valor suficiente para negarse á estas pretensiones; pero el mismo peligro á que se esponía, le obligó á hacer amargas, aunque tardías reflexiones, y entonces fué cuando su espíritu comenzó á ver claro en medio de las tinieblas que le rodeaban. Volviendo la vista al tiempo pasado, recordó con sentimiento la profunda paz que disfrutaba en su primera casa, y la comparó con las agitaciones de su vida actual.

Veía á su pobre Teresa triste y abandonada, pareciéndole que comprendía desde mucho tiempo lo que él mismo no hacía más que entrever. Un día que las miradas de ambos se encontraron con una expresión particular, la oprimió entre sus brazos.

—¡Pobre hija mía! la dijo, sin añadir una palabra.

Ella le besó la mano y nada tuvo que responderle; pero aquellos dos corazones heridos se habían adivinado mutuamente.

Sus antiguos amigos se habían ido alejando; la dudosa sociedad que Susana reunía ciertos días en su palacio para dar á conocer el brillo de su posición, no podía ser del agrado de Crèveœur, que no hallaba en ella más que una alegría bulliciosa y placeres de que no le era posible dis-

frutar, porque todo se dirigía á los sentidos y nada quedaba para el corazón y el espíritu: así es que se retiraba á un sitio apartado para continuar sus tristes reflexiones.

Únicamente pudo encontrar un corazón que simpatizase con el suyo en Mauricio Terrenoire, que era pariente cercano de su primera mujer, y que le profesaba un amor desinteresado. Mauricio, mucho más joven que Crèveœur, debía su educación á los cuidados de este, á quien miraba como un padre, resultando de aquí que se estableciese entre los dos una grande intimidad é inalterable unión. Tal vez recordará el lector haber oído hablar de él, aunque incidentalmente al principio de esta historia: es el obsequioso amigo que presentó en casa de Crèveœur al estatuario Marx, proporcionándole de este modo un socorro que por desgracia no debía aprovecharle largo tiempo, y que por una fatal influencia debía ser la causa de su desgracia.

Esta adhesión desagradaba en gran manera á la imperiosa Susana que había apurado todos los medios para hacerla decaer ó producir una ruptura: primeramente hizo á Mauricio lisonjeras promesas para atraerle á sus fines y dominarle; y como no pudo lograr por este lado el éxito que esperaba, adoptó una marcha enteramente opuesta. Quiso comprometerle en negocios tenebrosos, y aun llegó á emplear contra él el arma odiosa de la calumnia; pero Mauricio aparentaba no ver ninguna de aquellas maniobras, y él solo entre los antiguos amigos de Crèveœur persistía en concurrir á aquella desolada casa, como si hubiese tomado sobre sí la misión secreta de vigilar su interior, amenazado de alguna catástrofe.

Mauricio de Terrenoire era uno de esos hombres fríos, observadores é íntegros, cuya severa mirada lleva la turbación al seno de las conciencias en que se esconde la doblez. Con dificultad podía ocultar el profundo interés que le inspiraba la hermosa Teresa, que á la edad de diez y seis años tenía ya todas las cualidades de una mujer formada, y cuya poética belleza se desarrollaba de día en día mostrando todo el esplendor que la acompañaba. Pocas veces se atrevía á dirigirla la palabra, y jamás la diferencia de edades dió motivo entre ellos á familiaridad alguna; únicamente se contentaba con admirarla en silencio, no acertando á apartar su vista de tan reposado espectáculo. Mauricio, que apenas contaba veintiseis años, no había pasado, si así puede decirse, por la juventud: reflexivo y apasionado por la ciencia desde sus más tiernos años, gozaba ya de una consideración que no se concede por lo común á la edad madura; por su constante estudio había conquistado un distinguido puesto en el ramo de puentes y caminos, llegando á ser un hábil ingeniero cuyos últimos trabajos merecieron ocupar la atención y llevarse la preferencia del ministro. Susana que se exaltaba al encontrar resistencia, no quiso confesarse vencida: quería á toda costa apartarle de su lado á fin de que Crèveœur, falto de su apoyo, quedase enteramente á su disposición. Tan astuta como de costumbre, penetró en las infinitas sinuosidades que rodean al poder, movió ocultos resortes, no retrocedió ante influencia de ningún género, hasta que por la mediación de una de esas mujeres que en todas partes tienen entrada, llegó á persuadir al ministro de que Mauricio de Terrenoire deseaba vivamente obtener un importante cargo en Italia solicitado ya por uno de sus colegas; pero que era bastante orgulloso para doblegarse á pedirlo él mismo. El ministro, que tenía formado un gran concepto de la capacidad de Mauricio, se consideró dichoso en poder darle esta prueba de confianza, y á la mayor brevedad le envió el nombramiento y las instrucciones para el viaje. Mauricio, cuya sorpresa llegó á su colmo, en vano procuró hacer dimisión de su cargo.

—Es ya demasiado tarde, le dijo el ministro: hemos contado con V.; por lo demás, esta circunstancia es bastante favorable á vuestros intereses y á vuestro adelanto para que yo os permita no hacer caso de ella: espero que bien pronto me daréis las gracias.

Fué, pues, necesario partir; pero antes quiso ir á despedirse de Crèveœur no sin gran pena en su corazón. Susana triunfaba en silencio al ver el resultado de su astucia, porque bien pronto iba á quedar libre de un testigo importuno y de un censor que no se engañaba.

—Amigo mío, le dijo Crèveœur tomándole una mano luego que estuvieron solos: ¿vais, pues, á abandonarnos? Nunca deseasteis saber mis secretos; pero todo me dice que habeis adivinado lo que pasa en mi interior. Os lo digo sin reserva á vos, el único amigo que me queda; á vos, que me trasportais con los recuerdos á tiempo de mi pasada felicidad: ¡Mauricio, no soy feliz! ¿Cuánto debe haber sufrido sin quejarse mi querida Teresa, á quien yo quería proteger contrayendo nuevos lazos! Os marchais, Mauricio: un presentimiento funesto me dice que bien pronto necesitaré de vuestro socorro.

—Todo entero estoy á vuestra disposición, contestó Mauricio; pero tened ánimo y desechad esas ideas tristes. Os perdí vuestro alucinamiento, lo confieso; pero si sabeis dónde está el peligro, teneis mucho adelantado para evitarlo. No me corresponde trazaros la conducta que debéis seguir; necesitais no obstante mucha energía, y por lo tanto, tened mucho cuidado y no os durmais.

—Pero si he perdido la energía, replicó Crèveœur con desaliento; me abandonan mis fuerzas, amigo mío, porque todo me parece difícil, y además me siento dominado por una influencia fatal. Si es ya demasiado tarde para resistir al ascendiente que he dejado tomar sobre mí. Conozco perfectamente que la menor desgracia puede dar al traste conmigo; pero me asedia sobre todo una inquietud.... Si sucumbo, ¿qué será de Teresa? Su juventud y más que todo su hermosura, la esponen á grandes peligros. Vos lo conocéis tan bien como yo: en otro tiempo temía dejarla sin una madre; pero ahora.... solamente á vos lo puedo decir, Mauricio: si, dijo haciendo un esfuerzo, demasiado tarde por mi desgracia he llegado á hacer el descubrimiento que acabará conmigo: no es con una madre con quien la dejo, es....

—Pero vos estais allí para defenderla, le interrumpió Mauricio.

—Los momentos son preciosos, amigo mío, replicó Crèveœur: tal vez nos estén observando, porque mi vida pende de un hilo: tomad estos papeles; no puedo confiarlos á manos más seguras: prometedme que no los abriséis sino al recibir la noticia de mi muerte. Espero, Mauricio, que haréis lo que os pido, porque he contado con vos, y en ninguna otra persona puedo depositar mi confianza.

Y le tomó la mano sin poder continuar. —Os volveré á traer estos papeles á mi regreso, amigo mío, respondió Mauricio: os asustais sin verdadero motivo; pero en todo caso *contad conmigo*; os lo debo todo, y mi vida es vuestra.

Mauricio no era hombre en cuyo semblante pudieran conocerse sus intenciones; pero si un amigo seguro y lleno de desinterés, cuya palabra era sagrada; así es que se disminuyó en gran manera la inquietud de Crèveœur cuando depositó su última voluntad en manos tan puras. Mauricio salió abrazándole tiernamente, estrechando al mismo tiempo con lentitud la mano de Teresa, é interrogándola con una mirada que daba á conocer todos sus sentimientos de protección y respeto.

—¡Gracias! le contestó Teresa mirándole con reconocimiento.

Después de la partida de Mauricio, se halló Crèveœur en mayor soledad que nunca, y también más desgraciado. No podía hacer á Teresa confidente de sus pesares, porque no quería que perdiese el resto de ilusión que aun pudiera abrigar sobre el afecto de su madrastra, ni tampoco sembrar la desconfianza en aquella alma tan amante y que encerraba tantos tesoros de ternura.

Hay por desgracia presentimientos que nunca engañan. Los peligrosos negocios en que se había comprometido Crèveœur, bajo la influencia y cast-

por orden de Susana, para subvenir á los escasos gastos de su casa y aumentar rápidamente su fortuna, le tenían incesantemente preocupado. Conocía que su cabeza no era bastante fuerte para hacer frente á los acontecimientos, y cada día se originaban nuevas exigencias. Un suceso imprevisto, que podía poner en peligro el honor de su casa, hasta entonces sin tacha, alteró completamente su salud. Teresa siempre solícita, no quería apartarse de su lado; pero muchas veces su madrastra hallaba pretexto para alejarla encargándole mil cosas para las niñas.

Susana, viendo á Crèveœur en tan mal estado, se atrevió un día á preguntarle indirectamente si había tomado ya sus disposiciones, y refiriéndole todo á sí misma aun en aquella tan dolorosa situación, le hizo entender cuán incierta sería su posición, si él no había tenido cuidado de tomar sus medidas para aquel caso.

Crèveœur, debilitado ya por las frecuentes crisis que precedieron, y herido por aquella última muestra de egoísmo, no respondió, y cayó en un profundo abatimiento. Susana, aterrada ante aquel espectáculo, salió sin pronunciar una palabra. Cuando Teresa volvió á entrar en la habitación de su padre, quedó enteramente sobresaltada al encontrarle caído sobre un sillón, pálido, sin movimiento, cubierto de sudor, y respirando con dificultad: desde luego se persuadió de que había perdido el conocimiento; pero bien pronto notó que solo sus ojos conservaban un resto de vida y se fijaban en ella con ternura y energía.

—Padre mío, mi querido padre, ¿qué tienes? exclamó: ¿han ido á llamar al médico?

—No, contestó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué es lo que quieres? ¿qué quieres? replicó tiernamente Teresa, viendo la expresión suplicante de sus ojos: ¿tienes algo que decirme á mi sola?

—¡Sí! dijo Crèveœur haciendo un esfuerzo para inclinar la cabeza.

—¡Oh! habla, mi querido padre! haré todo lo que me digas. Todo lo sé, te comprendo felizmente: ¡he visto claramente lo que has debido sufrir; puedes decirme todo, sí, todo á mí!

Crèveœur hacía vanos esfuerzos, pero sin poder articular una palabra, y estaba amenazado de un nuevo ataque. Sin embargo, sus ojos se dirigían con la mayor intensidad sobre su hija, y desde allí como describiendo un círculo iban á fijarse en una de las paredes de la estancia.

Teresa volvía los ojos hácia el mismo lado procurando saber lo que podría llamar la atención de la ya vidriosa mirada de su padre: después, enseñándole tímidamente una miniatura que estaba colgada junto á la chimenea,

—¿Es esto? le dijo.

—Sí, respondió Crèveœur con una señal inequívoca de cabeza.

—Es esto, mi querido padre: ¿estais bien seguro? Quieres, pues, que en adelante siga los consejos de Mr. Mauricio como si fuesen los tuyos; que tenga en él la misma confianza que en mí; en una palabra, me das á entender que le mire como hermano: ¿es esto lo que deseas?

El rostro de Crèveœur se animó por algunos momentos, y haciendo el último esfuerzo, dijo con mucha debilidad: Sí, y al mismo tiempo miró á Teresa con inefable ternura; después aquella mirada se fué apagando y cayó sobre su sillón: ya no existía, estaba terminada la obra de destrucción. El veneno del egoísmo se había infiltrado en sus venas sin que fuese posible al hombre descubrir sus vestigios.

Teresa se arrodilló ante él, le llamó con voz cariñosa, tomó en las suyas sus ya heladas manos, y no pudiendo por lo tanto tener la menor duda de su inmensa desgracia, cayó desmayada á sus pies sin haber tenido ánimo para llamar en su socorro.

Una criada que entró casualmente, hallando al padre y á la hija en semejante estado, creyó muertos á los dos y fué corriendo á noticiarlo á su señora, tomando antes las precauciones necesarias para no impresionar su sensibilidad.

Llamado á toda prisa el médico que estuvo más cerca, declaró que ya era demasiado tarde;

que hacia por lo menos una media hora que Crèveœur había sucumbido víctima de un ataque de apoplejía fulminante.

—En cuanto á esta jóven, dijo después de haber contemplado con lástima aquel hermoso mármol yacente parecido á una hija de Niobe, no hay que temer; pero levantadla y cuidadla con mucho esmero.

Después dió algunas disposiciones y se marchó.

## VIII.

### EL MARTIRIO.

¡Susana se ha arrancado por fin la careta! ya no es la esposa lánguida y estenuada, que para volver en sí necesita á cada momento aspirar esencias, recostada sobre un diván en su gabinete donde apenas se deja penetrar la luz; se levanta como lo hizo Sisto V cuando arrojó su muleta á gran distancia. Se encuentra ya curada, y además fuerte y poderosa; por consiguiente, es necesario que todo se doblegue ante su voluntad.— En una palabra, es la reina de su casa.

De ella son indudablemente el castillo, el palacio y hasta la casa de Crèveœur; por lo menos así lo cree: bastantes sacrificios ha hecho para ganarlos.—Hasta Teresa es también suya, suya sin socorro ni defensa alguna.

La desgraciada niña no se hallaba en estado de darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor: había visto perfectamente á un sacerdote colocado á la cabecera de un muerto; después vió pasar varios hombres vestidos de negro, y por último notó que se llevaban una carga bien pesada. A semejante espectáculo permaneció inmóvil como si fuera una estatua del dolor, y ni aun acertó á llorar.

—¡Basta ya! la dijo Susana al pasar junto á ella: vuestro dolor no puede ser más profundo que el mío, y no obstante sé contenerme.

—Y yo sé también la obediencia que os debo, señora, dijo Teresa haciendo un esfuerzo sobre sí misma. Arreglaré mi conducta por la vuestra. Si no permitis á la hija llorar á su padre, ocultaré mis lágrimas como vos ocultais las vuestras.—No teneis más que mandar, señora; porque conozco mis deberes, y espero probaros mi sumisión á vuestras órdenes.

—Ya lo veremos, contestó Susana, os juzgaré por vuestras acciones y no por vuestras palabras.

El primer cuidado de Susana fué mandar á llamar á su escribano con el que estuvo encerrada largo rato.

Teresa procuró reprimir su dolor, ó por lo menos no dejarse dominar por él, y quiso trazarse una línea de conducta: se acordó de las últimas recomendaciones de su padre, y pareció algún tanto consolada al pensar que aun la quedaba en el mundo un protector con quien podía contar, un amigo en quien su padre la había mandado depositar su confianza como en él mismo, y un hermano que la estrechó la mano antes de marcharse.

Puso, por lo tanto, su confianza en Dios, y llegó á persuadirse de que cumpliendo todos los deberes que la impusiesen, y prodigando su amor y sus atenciones á sus abandonadas hermanitas, aun podría hallar algún reposo en su interior y alimentarse á escondidas de recuerdos queridos; se prometió estar siempre en observación y obrar con resolución y prudencia.

—Son las hijas de mi padre, se decía; las amaré como hermanitas queridas, como todo aquello que conservo de mi amado padre; la ternura que emplee con ellas contribuirá tal vez á apaciguar una irritación cuyo motivo no puedo comprender.

Por consiguiente, el tiempo que antes dividía entre sus estudios, la compañía de su padre y los cuidados de la casa, lo consagró todo entero á ocuparse en la educación de aquellas cuatro niñas, confiadas casi exclusivamente á las criadas. Era en verdad un contraste sorprendente ver á aquella hermosa jóven con sus negros vestidos de luto, rodeada casi siempre de las cuatro criaturas, cuyo porvenir era bastante inseguro: pu-

diera comparársela á una viuda jóven en medio de sus hijos.

Ella las enseñó á hablar bien, á cuidar de su aseo y á ser amables y complacientes entre sí, consiguiendo que aquellas criaturas aisladas por tanto tiempo, la amasen con delirio y no supiesen apartarse de su lado: así á proporción que cultivaba con más amor aquellas tiernas plantas, iban perdiendo poco á poco su salvaje aspecto.

—¿En dónde está nuestro padre? volverá pronto? Tales eran las preguntas que á menudo hacían las niñas.

Pero como aun no comprendían los misterios de la vida, Teresa se consideró obligada á enseñarlas lo que es la muerte.

—Vosotras habeis venido del cielo, queridas mías, las decía Teresa: y si sois buenas y aplicadas, si os amais unas á otras, volveréis indudablemente á él, y allí nos encontraremos todas al lado de nuestro buen padre, que ha vuelto antes que nosotras, y nos está esperando. Pero sabed que os mira y que siempre tiene fijos sus ojos sobre sus queridas hijitas, y las llama por su nombre. Si ponen atención, aun podrán oír su voz; si se aman como hermanitas, su padre será dichoso; pero si riñen entre sí, le darán mucho que sentir.

Como las niñas querían con exceso á su padre, porque de él y de Teresa, aun más que de su madre, habían recibido tantos cuidados y muestras de ternura, miraban muchas veces al cielo por la ventana con el afán de ver á su padre, llegando su amor al extremo de creer algunas veces que habían oído su voz.

Cierto día en que disputaban entre sí, la mayor miró á Teresa, y entregándole un juguete, que había motivado aquella grave discusión, dijo á otra más pequeña:

—No disputemos más; abracémonos, porque nuestro padre llorará de sentimiento.

Teresa tenía el cuidado de rezar con ellas la oración de la mañana y de la noche; dulce costumbre que ejerce una saludable influencia en la familia, y que todavía se conserva en muchas partes: jamás olvidó en aquella oración el nombre de su padre, ni el de sus parientes y amigos. De este modo se fué obrando poco á poco un cambio notable en las costumbres de aquellas niñas, que además consiguieron tener mejor aspecto dirigidas por la bondad y la dulzura.

Teresa se reprochaba muchas veces el no haberlas consagrado su vida entera; olvidaba entonces los infinitos cuidados que tuvo con su padre, y las fútiles ocupaciones con cuyo pretexto la alejaba su madrastra de la presencia de estas; pero como la viuda estaba incesantemente ocupada en inventarios, procedimientos y cálculos de probabilidad, para averiguar la cifra de su fortuna personal, de buena gana por primera vez dejaba á Teresa entregada con entera abnegación á sus instintos de amor fraternal.

Mme. Crèveœur, provista del Código de la viuda y del huérfano, rodeada de libros sobre procedimientos cuyo sentido procuraba descifrar, en continuas consultas con procuradores y abogados, bien pronto vió deshechas sus brillantes ilusiones. El escribano logró con mucha dificultad hacerla comprender, que á causa de sus profusiones, más de la mitad de lo que quedaba de aquella fortuna, tan floreciente en otro tiempo, era necesaria para cubrir el patrimonio de Teresa, y que, por consiguiente, no quedaba sino la otra mitad para ella y sus cuatro hijas.

Pero además del egoísmo se había desarrollado en ella, como consecuencia de su nueva é inesperada posición, otro instinto igual en crueldad, el afecto de la loba hácia sus cachorros. Una de sus hijas se hallaba enferma, y sin embargo, en nada se había inquietado todavía, siendo Teresa la que desde el primer momento velaba á la cabecera de la pobre niña, cuando Susana se presentó en la habitación.

—¿Quién os ha encargado cuidar de mis hijas á vos Teresa, que sois estraña para ellas, y sobre todo en qué estado me devolveis ya esta? la dijo.

—¡Por piedad, respondió Teresa en voz baja, perdonadme, al menos delante de esas niñas que todavía me aman! ¿No soy hermana suya? Ade-

mas podrá oírnos el alma de mi padre que hace tan poco tiempo dejó esta habitación. Son mis hermanitas, señora; ¿por qué dudar de mi afecto para con ellas? Dejadme amarlas, nada haré fuera de vuestras órdenes: permitidme, os lo suplico, cumplir las intenciones de mi padre; os probaré de lo que soy capaz por obedeceros.

—¿Y es también, señorita, la intención de vuestro padre, dijo Susana con desprecio, la que ha colocado en vuestro cuarto este retrato que se encontró allí?

Y enseñó la miniatura de Mauricio, añadiendo con cruel intención:

—Vos sois precoz, Teresa....

—¡Oh señora! replicó Teresa indignada.

Y se detuvo: en vano procuró buscar respuesta, porque nada quería decir acerca de las solemnes prescripciones que la hiciera su padre.

—Idos á vuestra habitación y esperad allí mis órdenes, dijo friamente Susana.

Teresa salió dirigiendo una última mirada á sus hermanitas que lloraban y querían seguirla, contribuyendo no poco aquella muestra de cariño á aumentar el resentimiento de la vengativa madrastra.

El notario de la familia era un tal Mr. Renard, hombre de estremada honradez y amigo que habia mostrado su desinterés en mas de una ocasión, haciendo los mayores esfuerzos para detener á Crèveœur en la pendiente que mas tarde le ocasionó su ruina, y no obstante habia llegado á ser el consejero íntimo de Mme. Crèveœur. La dejaba hablar y confesar sus proyectos, y aun á veces la animaba en su loca ambición, como si quisiese saber hasta donde podría llegar aquella mujer.

¿Pero era este un confidente sincero de las intenciones de Mme. Crèveœur, ó bien se proponía defender con preferencia la afección del amigo, que habia perdido al seguir frecuentando aquella casa en donde su vista perspicaz entreveía profundas enemistades? Lo que nos dará alguna luz sobre este punto es su conocida delicadeza, que no le debía permitir ser cómplice de perversos designios, y por otra parte que Mr. Renard era también el notario y amigo íntimo de Mauricio Terrenoire, y debía saber lo que le conviniese mejor. Hé aquí explicada la causa de que escuchase con complacencia y hasta con cierta aparente simpatía, las continuas quejas que le daba Susana sobre su hijastra.

Numerosas amigas, movidas mas bien por curiosidad que por verdadero afecto, iban todos los días á preguntar por el estado de Susana, que se hacia pasar por millonaria. Entonces no dejaba de referirlas que habia encontrado en el cuarto de Teresa el retrato de Mr. de Terrenoire, sustraído con algunos otros objetos insignificantes; é insinuando que Teresa se habia quedado sola en el cuarto de su padre, pretendia por este medio hacerla responsable de todo lo que pudiera echarse de menos.

El rumor de una union demasiado íntima entre Teresa y Mauricio constituyó bien pronto el asunto principal de las conversaciones de aquella sociedad frívola y ávida de escándalos, que adornó el conjunto de comentarios, á los que cada narrador se tomaba la libertad de añadir alguna cosa.

Así es que cuando Teresa se presentaba en el salon, era acogida por medias palabras llenas de perfidia y sonrisas disimuladas, llegando al extremo de que algunas, que no podían perdonarla que fuese tan jóven, tan rica y además tan bella, se creyesen felices con poder preguntarla algunas veces con cierto aire de interés, cómo se encontraba Mr. de Terrenoire.

No sería posible expresar lo que debió sufrir al ver que así se faltaba al respeto debido á la última voluntad de su padre, y que tan bajamente eran profanados sus mas puros recuerdos: todo el que tenga un corazón noble podrá adivinar cuán largo y cruel fué el martirio de la pobre Teresa.

Entre tanto, el notario Mr. Renard, con sus diarias visitas á Mme. Crèveœur, que no acertaba á pasarse sin él, habia tenido tiempo de escribir á Mauricio Terrenoire, y sin duda le pon-

dria al corriente de lo que pasaba, en especial de aquello que podia interesarle: tal vez habia ya recibido con la respuesta las instrucciones á que debía atenerse. Así es que como Susana en el momento de emprender un viaje manifestase cierto dia cuán difícil era para ella vigilar á una jóven que no sabia guardarse á sí misma, el notario la respondió:

—Convengo ciertamente en que no es una cosa fácil: ¡ah! en este caso se necesitarían las dobles puertas de un convento.... ahora me acuerdo de que tal vez podría proporcionaros lo que os hace falta.... pero reflexionandolo con detención, creo que esto no os puede convenir.

—¿Qué me decis? hablad pronto, porque en verdad que no sé qué hacerme, replicó Susana con viveza.

—¡Ah! sé que hay un convento donde guardan bien á las hijas, contestó el notario... Pero se nos presenta el inconveniente de que allí podría Teresa aficionarse á la vida religiosa, porque creo haber notado en su carácter alguna exaltación por ese extremo, y si os proponéis casarla, tal vez vos misma os prepararéis un obstáculo. Pero despues de todo, añadió con estudiada negligencia, si se hace religiosa, ella lo mirará, y segun todas las apariencias vuestras hijas no perderán en ello.

—Yo no he dicho que no, replicó Susana con indiferencia. Vos queréis decir algo, y creo que si ella toma esa determinación, por consejo vuestro, esa responsabilidad de menos pesará sobre mí; lo dejo á vuestra elección.

—Pues bien, contestó Mr. Renard, procurad vos decidirla y yo me encargo de proporcionaros una carta de recomendación que os abrirá todas las puertas.

Susana entreveía, alegrándose en secreto, la ventaja de desembarazarse de la importuna presencia de Teresa, cuya belleza, cuya fortuna y lo que aun es mas extraño, cuya sumisión la irritaban; hubiera preferido encontrar resistencia para poder dar rienda suelta á sus arrebatos. En cuanto á lo demás, sería para ella una suerte feliz verla tomar el hábito y abandonar de este modo á sus hermanas su parte de fortuna.

Mandó por lo tanto llamar á Teresa, y hablándola con cierta dulzura contra su costumbre, hizo saber la proposición de M. Renard.

—Querida señora, dijo Teresa en tono suplicante, ¿os ruego que no me separeis de mis hermanas, que es lo unico que me queda de mi padre! ¿En qué os he ofendido para merecer vuestra cólera? Prometo ayudaros á cuidar de esas queridas niñas; porque bien veis que muchas veces no podeis hacerlo: ya sabeis cuán delicada está la pequeña. Vuestras criadas no pueden tener con las niñas el mismo afecto que nosotras; por lo tanto, convendrá que alguna vez os reemplace. Os lo suplico, ¡no me separeis de la familia!

—¿Os creéis tal vez indispensable? replicó Mme. Crèveœur: no tengais cuidado, que una madre os reemplazará con ventaja. Reflexionadlo despacio, Teresa, no quiero violentaros. Idos, y ya volveremos á hablar dentro de algunos dias.

Poco tiempo despues, Teresa se hallaba en pié en la habitación de su madrastra, que la habia mandado llamar para darla varias órdenes.

—¿Habeis oído? la dijo: buscad mis tijeras, que deben estar encima de la chimenea.

Teresa fué corriendo al sitio indicado; pero al coger las tijeras miró involuntariamente á un papel abierto, impreso con gruesos caracteres, que estaba debajo de ellas. El nombre de TERRENOIRE fué la primera palabra en que se fijaron sus ojos; pero el papel no tenia alrededor el filete negro con que se anuncia por lo regular una fatal noticia.

Por qué tuvo Teresa entonces necesidad de apoyarse en la chimenea, y por qué llevó la mano á su frente abrasada al leer segunda vez estas tres solas líneas.

«La Sra. viuda de Terrenoire tiene el honor de noticiar á V. el matrimonio de su hijo Mr. Mauricio de Terrenoire, ingeniero de puentes y caminos, con la señorita María Visconti.

«Florençia, 13 de Junio de 18...»

¿Por qué Teresa quedó casi exánime con la lectura de aquellas líneas?...

—Teresa, preguntó su madrastra, ¿me habeis oído? en qué estais pensando?

—Estoy pensando.... en el convento á que me quereis enviar, dijo Teresa haciendo un esfuerzo supremo. ¡Oh! qué bien estaré allí! En adelante, señora, no seré ya un obstáculo á vuestros designios. Disponed de mí como gustéis; estoy pronta á marchar.

—¡Todavía otro capricho! replicó la madrastra; pero en verdad que será el último.

Pocos dias despues de esta conversación, la viuda de Crèveœur introducía á Teresa en el locutorio de las Agustinas del modo que hemos referido al principio de nuestra narración.

## IX.

### EL DÍCTAMO.

¡Cesemos! cesemos ya de referir miserias, escenas de lágrimas, actos de vergüenza y desesperación, verdaderos suplicios: el cruel azote ha terminado su destructora obra; solo nos resta contar las víctimas.

¿Qué ha sido de tu genio creador, pobre Marx? ¿dónde han ido á parar tus ilusiones? ¿por qué caiste exánime al pié de tu encantadora estatua, de tu obra maestra, que te habria colmado de gloria?

¡Y tú, Graziella, pobre florecilla tierna, esperanza de tu familia! tú, que con la rapidez del viento seguías á tu querido padre hasta las mismas puertas de la prisión, que debía servirte casi de sepulcro, ¿por qué te encuentras ahora sin poder hablar, con los ojos apagados y como una cosa extraña en el mundo de los vivientes?

Y tú, Crèveœur, desgraciado y débil en demasia, tú, el consolador de los afligidos, tú, que solo vivías para los otros hasta el punto de olvidarte de tí mismo, ¿por qué has descendido al sepulcro tan jóven y lleno de vida? ¿Por qué dejas sin amparo á tu hija predilecta, espuesta en el dia á tantos peligros? ¿Quién educará y velará por tu familia?

Y tú también, nuestra encantadora Preciosa, criatura tan dulce, tan amante, tan inofensiva, tú que llenas tu tránsito de alegría y de felicidad, ¿has acabado ya de sufrir sus calumnias y desprecios? ¿Te han herido hasta lo sumo en el respeto á tu querido padre, en tus mas puras y nobles afecciones?

¿Por qué fatalidad habeis sucumbido todos?

No es necesario que nos detengamos mucho tiempo para encontrar el arma con que os han herido; la conocemos lo bastante; es el implacable y ciego egoísmo, que solo se alimenta de corazones á quienes hace derramar hasta la última gota de sangre.

¿Pero quién será capaz de curar las heridas de los pocos que sobreviven en la lucha? ¿quién les dará un refugio seguro? y sobre todo, ¿quién pondrá remedio á su mal?

Indudablemente será un corazón lleno de nobleza. Si, el corazón que sabe amar es valeroso, sabe dar auxilio á los vivos, y aun pasa mas allá del sepulcro llevando á los muertos el consuelo de saber, que hay quien los reemplace en la tierra y cuide de que se cumplan sus mas ardientes votos.

Un gran corazón es el divino dictamo, y Mauricio de Terrenoire era un gran corazón.

Nuestro jóven ingeniero se hallaba en esa edad llena de confianza en sí misma, en la que bajo las mas puras inspiraciones se dilata el corazón con un ardor inextinguible, en la que semejante á un torrente derrama con abundancia sus aguas, sin tener en cuenta, sin prever siquiera que podrá venir en cuenta, que disminuya sus fuerzas y acabe por paralizar su corriente. Habia marchado llevando en su interior mucha inquietud; pero antes de salir de Francia tomó sus medidas para estar al corriente de lo que pudiera interesar á sus amigos.

Desde su niñez le unía una estrecha amistad con Marx el estatuario, y aunque emprendieran con igual ardor carreras tan diversas, en nada se disminuyeron sus relaciones; así es como Terre-

noire pudo apreciar en su justo valor la gran riqueza de aquella naturaleza ardiente. Cuando introdujo al artista en casa de su amigo Crèveœur, se consideró responsable del resultado, y de ninguna manera quiso que aquel auxilio que proporcionó á Marx, fuese para este un motivo de ruina.

Tan pronto como supo la funesta nueva de la muerte de su amigo Crèveœur, y se enteró de las persecuciones de que era objeto el desgraciado artista de parte de aquella implacable viuda, se creyó obligado á responder provisionalmente de la suma debida, y con la mayor brevedad que le fué posible, remitió los fondos necesarios al director de la prision. Y como su notario, que al mismo tiempo era el agente de su confianza, seguía de cerca aquel asunto poniéndole al corriente de los detalles de su ejecucion, supo por este seguro medio la nueva é irremediable pérdida que acababa de experimentar por la muerte de Marx, su amigo de infancia, su compañero de toda la vida, y la consiguiente entrada de Graziella en el convento de las Agustinas.

Con este motivo escribió á la mujer del director de la prision, aquella señora tan generosa cuyo corazón aun no habia perdido su sensibilidad hallándose en medio de continuos infortunios, dándole las gracias por sus cuidados enteramente maternales respecto á Graziella, y reembolsándole además de los adelantos que con tanta liberalidad habia hecho. Cuando al poco tiempo tuvo lugar la venta judicial de todo el mobiliario de Marx, quiso tambien que Mr. Renard, el notario, comprase de su cuenta en masa y pagando todo su valor, los muebles, estatuas y demás objetos artísticos, é hizo renovar el arrendamiento del taller, á fin de que todo permaneciese en el mismo estado hasta su regreso; parecia tener grandes proyectos sobre este asunto.

Tranquilo ya por este lado, quiso continuar su voluntario cargo de protector y de padre adoptivo, y dió orden á su notario de pagar con toda regularidad la pensión de Graziella, y de tomar informes minuciosos acerca de la respetable casa de las religiosas Agustinas. Adivinaba que tal vez tendria necesidad de aquel asilo para el objeto secreto de todos sus designios, para la amable Teresa, para aquel inapreciable tesoro que un padre le habia confiado. Deplorando que la imperiosa ley del deber le retuviese tan largo tiempo fuera de Francia, acariciaba sin cesar la idea de reunir bajo aquel tranquilo techo, los dos seres abandonados cuya proteccion le confiaba la Providencia. Pero guardémonos de hacer de Mauricio un personaje de novela, porque para ello le faltaban las seducciones y la poesia, y se estimaba á sí mismo en su justo valor. Era un digno jóven que solo escuchaba la voz de su corazón y que sencillamente hacia el uso mas noble del dinero adquirido con su mérito y asiduidad para el trabajo: no es una cosa tan imposible encontrar caracteres semejantes en nuestra época de positivismo.

Mr. Renard se felicitaba cada dia con mas motivo del papel que con tan buena intencion adoptó con Mme. Crèveœur, porque de este modo le era fácil hacer bastantes descubrimientos, de todo punto imposibles si la indignacion de aquella le hubiera impedido frecuentar su casa; así es que por medio de una no interrumpida correspondencia, informaba con entera exactitud á Mauricio de las persecuciones que sufría Teresa, y las infames acusaciones de que era objeto.

Sin acertar á comprender del todo la historia del retrato, porque ignoraba lo sucedido entre Crèveœur y su hija en sus últimos momentos, Mauricio volvió á leer, hasta diez veces, el párrafo de la carta que decia haberse hallado aquella miniatura en poder de Teresa. Esto era para él un motivo incesante de meditacion y profundas cavilaciones, y aunque consideró el porvenir bien incierto y lleno de dificultades, nada queria ver de lo que le rodeaba, ocupándose exclusivamente en aquel porvenir tan lejano.

Su primer cuidado fué arrancar á Teresa de aquella casa en que tanto debió sufrir; y como conocia demasiado bien que si hubiera querido intervenir él mismo en este asunto, habria au-

mentado las dificultades y hecho nacer una oposicion muy natural de parte de la imperiosa viuda, le pareció que debia conducirse con mucha circunspeccion.

Interesando, por lo tanto, cada vez mas en sus miras al escelente Mr. Renard, le invitó á que con destreza presentase él mismo el convento á la consideracion de Mme. Crèveœur, como el sitio mas favorable á sus designios, y que al mismo tiempo dejase entrever á la codiciosa viuda las ventajas que la podrian resultar de adoptar aquel pensamiento.

Para las gentes honradas, constituye un placer bien inocente el combatir á los mentirosos con sus propias armas, y Mr. Renard, que conocia la lealtad de Mauricio, y tal vez divisaba un medio de asegurar el porvenir de Teresa, se prestó gustoso á todos sus proyectos. La viuda cayó fácilmente en el lazo que se la habia tendido, y hé aquí explicado por qué la hermosa huérfana encontró en el convento de las Agustinas un refugio seguro, y además el reposo que necesitaba.

Pero el reposo de Preciosa — queremos conservarla el delicioso nombre que la dieron sus compañeras, aunque de nuevo la hayamos conducido á la puerta del convento, refiriendo el principio de su triste historia: — el reposo de Preciosa se veia turbado algunas veces por sus recuerdos. ¿Cuál era la causa? Tal vez no hubiera podido decirselo á sí misma.

¿Seria una carta impresa, que como por casualidad se ofreció cierto dia á su vista, una carta en que participaban á Mme. Crèveœur el matrimonio de Mauricio?

Pero jamás habia existido íntima amistad entre ella y Mauricio, que era demasiado frio, muy severo y de mucha mas edad que ella: solo debia ver en Mauricio un mentor, un tutor, pues tal fué la última voluntad de su padre.

¿Sentiria Teresa una adhesión profunda hácia aquel bello y bondadoso carácter que la libraba de todos aquellos seres insignificantes ú hostiles entre quienes vivia en la casa de su madrastra? ¿Habria concebido esperanzas de ser amada ella misma? ¿Habia soñado en entregarle su vida? ¿O tal vez llegó á pensar que el lazo mas íntimo y sagrado podria en algun tiempo unir para siempre la hija de Crèveœur al verdadero amigo de su desgraciado padre, y que aquellas dos existencias, lejos del mundo, solo tendrian por ocupacion aquel piadoso recuerdo?

Tal vez fuera este el sueño de Preciosa, porque no podia ocultársela, y bien lo sabia, que era hermosa, aunque por ello no tuviese mas vanidad que la que ostenta la flor en los campos. Habia podido notar muchas veces la mirada seria y profunda que fijaba en ella Mauricio como queriendo adivinar el destino: cuando cantaba al piano delante de su padre y de Mauricio, habia sorprendido mas de una vez la emocion de este último, que segun la opinion de algunos inteligentes, parecia extraño é indiferente á la música; y si por casualidad le habia dado el brazo en el paseo, habia notado entonces en sí misma una turbacion que no experimentaba con ningun otro: no sabia, por último, darse cuenta del sentimiento que experimentaba hácia Mauricio; pero conocia bien que no le sucedia lo mismo con ninguna otra persona.

Y además, ¿por qué no la habian participado tambien á ella por medio de una carta como á Mme. Crèveœur un acontecimiento tan importante en la vida de Mauricio? Algunas veces la inquietaba semejante indiferencia; pero se disipaba bien pronto, porque Preciosa no conocia aun las borrascas del corazón. No experimentó por ello el menor resentimiento, y siguió mostrándose reconocida y conservando todo su afecto al amigo de su padre, mirándole siempre como el único apoyo que la quedaba en la tierra.

Pero desde entonces quedó limitado el vasto horizonte á que dirigia sus miradas; habia paliado la luz que iluminaba el cielo de sus ilusiones, y encontró el porvenir siniestro y oscuro. Vivía, es verdad; pero solo porque era necesario vivir, aunque sin desearlo y sin objeto ninguno. Si solo hubiera pensado en sí misma, podria haber dicho, con toda propiedad, como Margarita

de Escocia: *¡Hay quién desee la vida! que no me hablen mas de ella!* Pero obedeciendo á su buen instinto, no dejaba traslucir su tristeza, y preferia á todo el servir á los demás y hacerse amar de ellos. Así la hemos visto tomar al instante en sus brazos á la desamparada Graziella, volverla, por decirlo así, á la vida con su tierna compasion, con el atractivo de su mirada y de su palabra, y con su dulce ósculo de madre.

Por lo que respecta á Mauricio de Terrenoire, aunque profesaba un profundo afecto á Preciosa, que á los encantos de la belleza y de la juventud reunia las mas elevadas dotes de espíritu, y todos los tesoros del corazón, aunque era para él tanto mas querida en cuanto le habia sido confiada por los últimos votos de un padre, y por encontrarse sola en el mundo y espuesta á los mayores peligros; aunque todos estos motivos fuesen bastantes para reconcentrar sus pensamientos en ella y solo en ella, mientras andaba errante por las márgenes del Arno, sin parar la atencion en las bellezas que encontraba á su paso; aunque, por último, Mauricio de Terrenoire amase á Preciosa, tal vez se hubiera guardado muy bien de dejárselo adivinar, y mucho menos de mostrar precipitacion alguna por un justo motivo de delicadeza. Preciosa poseia una gran fortuna, y la misma autoridad que las últimas prescripciones de Crèveœur concedian á Mauricio, le imponian como un deber la mayor reserva en este punto.

En cuanto á la carta en que se anunciaba el matrimonio, podia decirse con toda verdad que se habia impreso en Florencia, ó que nada habia respecto de semejante asunto. Si realmente sucedió esto último, si aquella carta venia de Paris y no se habia tirado mas que aquel ejemplar para las necesidades de la causa, como dice la gente de negocios, era un arma bastante páfida, que de ningun modo podia comprometer al vil enemigo que osaba servirse de ella. Y en este caso, ¿de qué os quejais, Preciosa? Vuestra madrastra recibe un despreciable impreso, que no es una carta, que no viene firmado, y cuya procedencia no se puede saber. ¿Por qué os deteneis á mirar una cosa que no os va dirigida? Y además, ¿la habeis visto bien? ¿Dónde está esa pieza del proceso? Ha desaparecido ya. Vuestro amor propio no os permite volver á hablar de ella, informaros de las circunstancias que se mencionan, ó hacer alguna averiguacion sobre su procedencia. Y si os sentís herida por la aguda arma, la sangre quedará toda dentro de la herida; pero nadie podrá ver vuestra llaga.

Por consiguiente, y segun todas las apariencias, el suceso de esta carta quedó como un secreto entre Mme. Crèveœur, que á nadie participaria su intriga, y Preciosa, que por su parte se guardaria muy bien en decir nada; estaba, por lo tanto, bien calculado el éxito.

Mauricio, que, aunque á tan gran distancia, no por eso dejaba de pensar en los dos seres que habia tomado bajo su proteccion, nunca se hubiera atrevido á sospechar tan estraña perfidia. Admiraba el poder del corazón y aun mas el del pensamiento que atravesando el espacio corre á prodigar toda clase de cuidados á los seres á quienes se ama, y que haciendo sentir su influencia sin dejarse ver, triunfa con su destreza de dificultades á que no es dado contrariar de frente.

Hubiérase sido, sin embargo, muy grato el saber que algunas veces ocupaba un lugar preferente en los pensamientos de Preciosa, porque, aunque la habia escrito algunas veces, nunca pudo decidirse á hablar de sí mismo. Se limitaba, pues, á consagrarla todos sus pensamientos, á recomendarla á la solicitud del escelente notario, al que involuntariamente habia dejado entrever sus proyectos. Pero consolándose con la esperanza, daba gracias á Dios al pensar que en la actualidad la amable Preciosa era feliz y vivía tranquila en el convento de las Agustinas.

## X.

## EL MILAGRO DE LAS ROSAS.

¿Habeis visto por ventura el pais en que florecen los agabanzos? Venid á dar en él algun descanso á vuestros ojos fatigados de contemplar

cuadros tan lamentables; venid y hallaréis algún alivio para las heridas de vuestro corazón: allí solo hay risueñas imágenes que fácilmente os harán olvidar la maldad que reina en el mundo.

Entremos por segunda vez en el santo asilo de la piedad y de la infancia, y mezclándonos en los juegos de las jóvenes, escuchemos sus alegres cantos y sus francas risas perdiéndonos por fin entre aquel enjambre tumultuoso.

Ha pasado ya mucho tiempo sin hablar de nuestra dulce Preciosa, cuyo delgado talle sobresale en medio de sus compañeras. ¡Qué desarrollo ha adquirido su cuerpo y aun su belleza bajo aquella sombra tutelar! Su continente se ha vuelto más reposado, su mirada es más tierna, sus labios sonríen sin cesar, su andar no es tan precipitado. ¿Sabéis por qué? Hace más de un año que disfruta de una paz profunda, que se ve rodeada de semblantes que respiran amistad: hace más de un año que su dulzura y su gracia constituyen el regocijo de aquella casa, que en adelante no podrá vivir sin ella.

Su superiora, afectada por su triste historia cuyos detalles conoce por el notario que se presenta á menudo á saber de Preciosa, la excelente Mme. Teresa redobla sus atenciones para con ella y tiene necesidad de estar siempre en su compañía.

¿Pero por qué no hablamos con igual facilidad acerca de la ruin y desgraciada Graziella? Tal vez consista en que no podamos reconocerla, porque indudablemente seguirá siempre los pasos de su madrecita; pero no, aquí la teneis. ¡Qué feliz cambio! la falta únicamente la palabra, y sin embargo aun no puede decirse que sea bonita, porque su cara rodeada de cabellos ensortijados, parece más bien la de un robusto niño, pero en cambio, ¡cuánta viveza en sus pensamientos! qué fuerza en el andar! qué inteligencia en sus brillantes ojos! ¿Y es también Preciosa la que ha obrado este milagro? Si; Preciosa ha logrado triunfar de aquella glacial indiferencia, ha adivinado un gusto, una pasión en Graziella, y abierto un camino á aquella inteligencia entreteniéndose en desarrollarla y ayudándola en sus primeros ensayos: ¡es un maestro tan hábil el corazón!

Preciosa, que se había ofrecido con toda formalidad á llenar las funciones de madre, vigilaba los deberes de Graziella, que á causa de su enfermedad requería cuidados particulares, y que gracias á sus continuas escitaciones, empezaba á hacer algunos progresos. La hacia aprender las lecciones, y como Graziella no podía repetir las del mismo modo que las demás, cerraba Preciosa el libro y de este modo la obligaba á escribir de memoria lo que había aprendido. Además Preciosa la observaba siempre de cerca, no la consentía tomar malos hábitos, enderezaba su cuerpo cuando al escribir se dejaba caer sobre la mesa, riñéndola si hacia garabatos; y persuadida de que la menor negligencia trae otras muchas, y que todo se consigue con perseverancia, quería que pusiese sumo cuidado aun en las cosas más insignificantes.

Pero era tanta su dulzura al hacer estas observaciones, que aunque Graziella mostró á veces alguna resistencia, concluía por besarla la mano como para pedir perdón, y en su deseo por agradecer á su madrecita, hacia los mayores esfuerzos.

¡Qué magnífico grupo enteramente natural y lleno de sencillez, el que formaban la gravedad de la joven, el genio terco de la niña y el gracioso intermedio de un beso dado de tiempo en tiempo, para obligar mejor á cumplir un nuevo precepto! El artista que hubiera podido sorprenderlas de aquel modo, indudablemente habría tomado su lápiz para conservar un recuerdo de aquel delicioso espectáculo.

Más á pesar de todo, Preciosa experimentaba á veces serios disgustos desesperando de conseguir su objeto. Había acostumbrado á Graziella á que fuese aseada y no ensuciase con tierra sus manos y su cara, y con gran satisfacción suya veía que poco á poco iba corrigiéndose la niña; pero cierto día Graziella se puso á escribir te-

niendo las manos llenas de una tierra amarillenta, y como las había pasado por la cara, su frente y sus mejillas estaban llenas de manchas del mismo color: su aspecto verdaderamente horrible, desanimó á la pobre Preciosa que vió perdido el poco fruto de sus reprensiones.

—Hija mía, la dijo, conozco que ya no amais á vuestra madre porque lo estoy viendo ahora: no quereis escuchar mis advertencias, ni hacer lo que os mando, y esto causa gran sentimiento á Preciosa.

Al oír esto Graziella, cogió su mano como para preguntarla cuál era la causa de que la hablase así.

—Mirad vuestras manos, perversa criatura, replicó Preciosa. Estais tan desarreglada como el día en que os hallé al pié del plátano grande enredando con las manos en la tierra: todavía teneis manchada la bata, y si os pudiérais ver la cara.... Marchaos, ya no me amais.

Muy afligida Graziella con estas palabras, se puso de rodillas para pedir perdón; pero mudando de intento al parecer, miró en torno suyo á la sala en que trabajaba con Preciosa y vió que estaban enteramente solas. Entonces, haciendo una señal de inteligencia á su joven madre, puso un dedo en sus labios, como para recomendarla que nada dijese y que no la condenase sin oír la, y salió corriendo de la habitación.

No acertaba Preciosa á explicarse la causa de aquella ausencia, cuando la vió volver con mucha precaución y trayendo una cestita de la que sacó varios objetos bastante informes que puso en fila encima de la mesa. Acercándose entonces Preciosa para mejor enterarse, pudo notar el esmero y aun el gusto con que estaban modeladas en una tierra grosera aquellas figuritas, entre las que se distinguía una religiosa paseándose con un libro en la mano en el que leía con atención: era imposible desconocer también en otra de las figuras á la vieja tornera con su cuerpo rechoncho y avinagrado semblante, y agitando su manojito de llaves.

Graziella sacó después con respeto otra figura que representaba una mujer en su lecho y una niña que puesta de rodillas oraba junto á ella, y mirando á Preciosa articuló tristemente: *¡madre!*

Y después..... después hizo seña con la mano como para anunciar algún objeto más lúgubre, y sacó otra figura de la cestita, que representaba un montoncito de césped con algunos arbolitos de ciprés ejecutados con esmero, y encima de él, dos crucecitas: Graziella cogió en seguida la mano de Preciosa, y la hizo leer esta inscripción en la parte baja de zócalo. *¡A mi padre, á mi madre!* y llena de valor la niña se abstenía de llorar.

¡Pobre hija mía, pobre niña! dijo Preciosa: ¿eres tú quien ha hecho, quien ha imaginado esto? ¿Quién te ha enseñado? cómo lo has hecho?

Graziella entonces se levantó, señaló á su frente con orgullo y puso tristemente la mano sobre su corazón; después registrando aun en el fondo de su querida cestita, sacó con tanto cuidado, como si fuese un tesoro, un trozo de tierra amarilla, todavía húmeda, que con las mayores muestras de cariño colocó sobre su pecho ensuciándose más que nunca.

Si; el deseo secreto que ocupaba á aquella joven inteligencia que se creía estinguida, era el gusto apasionado por el arte, la necesidad de imitar el trabajo de su padre; había cautivado, mas aun, absorbido enteramente las demás inclinaciones: ¡podría decirse que profesaba un secreto culto al estinguido hogar doméstico! Pero una especie de pudor del sentimiento, si así puede decirse, impedía á la pobre niña el renovar delante de sus compañeras sus más caros recuerdos por el temor de esponerlos á sus burlas inconsideradas; y por otra parte su natural timidez hacia que á todos ocultase sus ensayos, que ella misma encontraba demasiado informes todavía.

(Se continuará.)

## EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO

(Continuacion.—Véase el núm. 48).

## CAPÍTULO V.

EL PARRICIDA.

Estaba la mañana deliciosa y radiante, y lanzaba sus destellos sobre Dalmacia cubierta de un ligero verdor como si fuera la magnífica librea de Venecia.

Las aves tocaban con el extremo de su ala la superficie de las lagunas y se remontaban al cielo entre inefables armonías.

El susurro que despertaba la brisa entre el follaje de los árboles era encantador, vago, voluptuoso.

Un azul transparente y hermoso esmaltaba la magnífica bóveda del cielo italiano, que con sus ligeros celajes teñidos por los primeros rayos del sol parecía un lirio fragante cargado con las perlas del rocío.

Roberto Frari tuvo una dolorosa pesadilla.

Creía arrodillarse á los piés de su mujer y que esta correspondía á sus halagos y sinceras demostraciones con sarcásticas carcajadas.

Dispertóse sobresaltado, y sin poder darse cuenta de lo que hacia, vistióse con aceleramiento y entró en el salón de su padre poniéndose en un balconcillo que tenia vistas al mar.

El Adriático, surcado por mil barquillas, estrellaba sus olas sobre los grandiosos edificios.

Los gondoleros entonaban sus suavísimas y poéticas cántigas al monótono son de los remos, que acaso tantas veces habían sido testigos de intrincadas aventuras.

¡Ah! pensó Frari ¡qué felices deben ser esos hombres! Nacen y mueren arrullados por las olas sin que los conturbe la idea de amontonar oro.... pero en cambio nosotros ¡cuánta ambición!.... ¡Ambición! no sé por qué me trastorna esta palabra.... ¡Dios mío! tengo celos de mi oro.... ¿Será posible que Blondina haya aceptado por el oro mi mano? será posible que una pérfida sortidez la haya conducido á mi tálamo? ¡Oh! su padre ¡qué avariento es su padre! qué avariento y qué noble y magnánimo es el mío! ¡Ah! no sé qué me ha dado.... experimento extraños impulsos como si quisiera llorar!.... llorar! ¿y por qué? ¡Padre mío! voy á velar tu tranquilo sueño!

Y se dirigió al gabinete, en cuyo umbral puso un pié, sin sospechar completamente el cuadro sombrío, fúnebre y terrible que le esperaba.

En seguida penetró en la estancia ensangrentada.

El lecho de su padre, que casi nadaba en su propia sangre, estaba destrozado y hechas trizas las cortinillas.

Sobre un almohadon blanco, pero que á la sazón parecía rojo, descansaba la cabeza inerte del anciano cuyos cabellos se ceñían á las sienes con el sudor helado y la sangre coagulada.

Sobre el corazón se destacaba el mango de un puñal sumergida toda su hoja.

Roberto abrió la boca para lanzar un grito de supremo dolor; pero el sonido refluyó á su garganta produciendo solamente una especie de ronco estertor, una especie de profundo é ininteligible quejido.

Sus ojos flamearon de terror, y sus piés se pegaron al pavimento como si hubieran arrojado hondas raíces.

Luego hizo un supremo esfuerzo, y angustiado, trastornada su razón, livido, con los labios entreabiertos, se acercó al lecho fatal.

Una nube cruzó ante su vista, estendió el brazo convulsivamente, y asiendo el mango del puñal con dedos crispados, cayó sin sentido sobre el lecho lleno de vaporosa y húmeda sangre.

Un ruido repentino y extraño se oyó en aquel instante en las habitaciones interiores que parecían partir del pabellon de Blondina.

Dos minutos después apareció esta cubierta

con una bata en el balconcillo en que poco antes había estado su marido.

—¡Dios mio! exclamó trémula y descolorida: ¿qué querrán?

Pero no bien hubo pronunciado aquellas frases, cuando entró en el salón Rocarti; grave y sereno, precediendo á un hombre alto y majestuoso cuyo pecho estaba salpicado de cruces de distinción y cuya mano sujetaba el puño de oro de un bastón que indicaba el grado de su autoridad.

Tras él asomaban las brillantes armas de cuatro soldados.

—Y bien, señores, dijo: ¡conducidme á la habitación que nos ha de mostrar la verdad del aviso que se me ha dado!

Blondina se agarró al balconcillo y cayó de rodillas, descañada, mientras los demás pasaron al gabinete.

Un rayo de alegría iluminó el rostro de Rocarti, que sin embargo fingió apoyarse en un mueble para no desplomarse al suelo.

—En nombre de la justicia! exclamó el hombre alto, elevando el bastón con terrible severidad.

Roberto, que asía el puñal, levantó la cabeza y paseó alrededor una mirada de estupor.

—En nombre de la justicia! repitió el hombre alto cuya autoridad era bien sabida en Venecia: ¡Vos, Roberto Frari, dáos preso!

—¡Yo! murmuró Roberto admirado.

—Las pruebas, señores, no pueden ser mas idóneas y concluyentes. Le cogemos sobre el lecho con el puñal enarbolado, ¡es parricida!

Los cuatro soldados le cercaron con ceñudo gesto.

—¡Soy inocente! articuló Frari.

—En el consejo se discutirá.

—¡Dios mio! ¿Qué es lo que ha pasado? prosiguió el infeliz principiando á comprender: ¿qué acusacion mas tremenda me lanzan?

—¿Sabeis, señores; ha llegado á vuestros oídos, que el criminal mas cruel haya devorado á sus padres? ¡Ay padre mio! yo desfallezco.....!

Y sujetando con dedos de hierro el puñal, cayó enarbolado al suelo como una masa inerte.

Los soldados le trasportaron con velocidad á un calabozo de la cárcel pública.

## CAPITULO VI.

### EL VERDUGO.

No trascurrieron muchos dias, cuando en una de las islas del Littorale, se alzaba un alto canchaleso de madera, sobre quien las nubes parecían apiñarse como las aves de rapiña alrededor de un cuerpo putrefacto.

Sobre el tablado se descubria un hombre.

Tenia el rostro desencajado, la cabeza sobre el pecho, y las manos atadas atrás, y el cuerpo encorvado como bajo el peso de todos los dolores.

Al ver al verdugo que subia la escalera del patíbulo, aquel hombre recuperó la fuerza suficiente para erguir la cabeza.

El sol, rodeado cual de un lúgubre velo, tocaba el horizonte con la mitad de su disco, y aquel hombre, condenado á muerte, no debia verle ocultarse.

Levantó en alas del terror sus ojos preñados de lágrimas de desesperacion, y contempló por un instante las nubes que rodaban mudas y sombrías encima de su cabeza.

Luego estendió la mirada por el mar, sobre cuyas profundas ondas flotaban multitud de góndolas, en las que se oprimia una inmensa masa de curiosos, que clavaban los ojos centellantes en el pobre condenado.

—¿Dónde está Dios? murmuró, ¿dónde?

Y lanzó una mirada al golfo y al cielo como si hubiera deseado devorarlos.

Inquietos los espectadores por la tardanza de la ejecucion, blasfemaban á voz en grito del parricida.

Otros que habian llevado sus hijos para que tomasen un saludable ejemplo, les decian indicando al tablado con el dedo:

—¡Mirad que terrible está aquel tablado, hijos

mios, donde va á morir un miserable que asesinó á su padre, que era todo amor para él!

Los jóvenes se entretenian en arrojar flores tempranas á las góndolas en que iban sus amadas, y los mas fanáticos acercaban sus barcas á la isla pidiendo con desaforamiento la muerte del condenado.

Este miraba de vez en cuando á la multitud con ojos de tigre é inyectados en sangre.

Un momento despues no pudo resistir ya la impresion que le producía aquel cuadro, y cerrando los turbios ojos anegados en sudor copioso que descendia de su frente, reclinó la cabeza sobre el hombro con angustiado movimiento.

Acababa el verdugo de arreglar las cuerdas de la horca, y yendo al centro del tablado, puso la mano sobre el hombro de su presa.

Roberto Frari sintió rodar por la médula de todos sus huesos un penetrante é intenso frio.

El verdugo, haciéndole subir algunos peldaños, dijo apenas moviendo los delgados labios:

—¡Animo, signor, ánimo!

El reo no contestó.

—¿Me conocéis? preguntó el verdugo.

Frari creyó haber oido en alguna otra parte el singular metal de aquella voz afable y cariñosa y levantó los ojos.

Pero no vió nada.

Los tenia cubiertos de una vertiginosa sangre, que le impedía fijar la mirada.

—¿Con que no me conocéis? será posible, signor? añadió el verdugo con triste acento, pero sin casi mover los labios.

Frari quedó pensativo.

—¡Si! repuso de pronto y saltando á su rostro un rayo de loca esperanza! sí, te conozco!

El verdugo se limpió el sudor.

—Pues bien; ¡quiero salvaros! dijo.

Una lúgubre sonrisa crispó los destrozados labios del pobre condenado.

—¡Salvarme! exclamó con profunda melancolia. ¡Oh! voy creyendo que Dios no se acuerda de mí!

—Escuchad..... Pero no me mireis..... Haced como si tuviérais á vuestro lado un verdadero verdugo; escuchad.....

Frari prestó atención con el corazón palpitante.

—Ignoro la causa por qué me encargan que os adapte al rostro el velo negro que tengo arrollado al brazo; cuando lo ejecute, os pondré á los labios una pastilla y la chuparéis con prontitud; lo demás corre de mi cuenta, signor. ¡Dios se acuerde del inocente!

—Sí, murmuró Frari con incredulidad: ¡Dios se acuerde de mí!

—¡Animo!

—¿No le he tener cuando toco ya las cuerdas del patíbulo?

—Esas cuerdas están rozadas con disimulo.

¡Animo, signor! que la hora suena.

Se dió al fin la señal de ejecucion.

Los espectadores guardaron imperturbable silencio, y el verdugo puso el negro y tupido velo en el rostro de Frari.

Frari tembló en lo mas profundo de su alma, y á poco sintió que le pasaban una cosa fria por el cuello.

Un instante despues se sintió arrojado á la inmensidad del espacio; se le cortó la respiracion, y haciendo violentas contorsiones, exhaló un grito ronco, y perdió el sentido.

En aquel supremo momento las cuerdas de la horca crujieron, y Frari cayó sin movimiento en el tablado, que rechinó sobre sus goznes.

—¡Se ha reventado! gritó la multitud de espectadores que rodeaban el patíbulo y llenaban el golfo con sus góndolas.

Algunas gentes, rodeando la justicia de Venecia, se agolparon en el patíbulo.

El verdugo arrancó el velo del semblante de Frari.

—¡Qué horror! murmuró la muchedumbre: ¡esas facciones tan negras indican aun la enormidad de su delito!

—Señores, dijo un facultativo registrando el cuerpo del condenado: ¡aun puede vivir!

El verdugo palideció.

—Todo se habia perdido.....

Pero de repente le iluminó un pensamiento, y acercándose al facultativo:

—Creo, signor, dijo con humildad, que se iba á arrojar el cadáver en una sima del Littorale. Pues bien; aun cuando no estuviera tan perfectamente estrangulado como hubiera sido de desear, poco inconveniente hay, segun creo, en estender su partida de defuncion.

—Es cierto, murmuró el médico.

Y acercándose á la justicia hizo algunas observaciones.

Un momento despues se le dijeron algunas frases al verdugo, que cerró los ojos para impedir que en ellos se leyese la alegría que indicaba su corazón.

Asió á Frari por el pecho con robustos brazos; un enterrador le sujetó por los piés, y caminando un corto trecho, llegaron al borde de una profunda sima abierta entre dos enormes rocas.

—¡A la una! gritaron suspendiendo el estrangulado sobre el abismo, ¡á las dos! á las tres!

Y abandonaron el cuerpo en la sima, en cuyo fondo se sintió al instante un terrible y sordo porrazo.

El pueblo, como siempre que satisface sus instintos, lanzó una exclamacion de dolor.

El verdugo se pasó una mano por la frente.

## CAPITULO VII.

### LOS LABIOS Y EL CORAZON.

Volvemos con nuestros lectores al subterráneo de la casa de Frari despues que pasan cuatro dias de la escena que acabamos de describir.

Estaba Blondina, vestida de blanco, sentada en el sillón de mármol, sus cabellos, al leve movimiento de su cabeza, jugaban con el cuello en simétrico desorden; aparecia ideal, rodeada como de una aureola de graciosos encantos que sojuzgaban el alma de Geminiano al parecer.

El joven permanecía á su lado, con el semblante casi abismado en las palmas de las manos, y apoyadas estas en un brazo del sillón.

La lámpara, que ardia con vivísimos resplandores, hacia brillar su frente con uno de sus rayos.

Se oia el zumbido de viento que se estrellaba afuera, contra las ramas de los árboles.

Las aves nocturnas hacian resonar sus plañideros y lúgubres gritos, que se perdian á lo lejos en vagos gemidos.

La luna vagaba tras el crespon tenebroso de densos nubarrones que esparcian en la inmensidad un tinte fúnebre.

De vez en cuando crujian enormes gotas de agua que el viento arrancaba del fondo sombrío del cielo.

—¿Por qué has venido con tan mala noche, Geminiano? preguntó Blondina.

—Cuando se trata de verte, querida mia, no hay obstáculo que me disuada, respondió el joven.

—¿Oyes como se desgajan los árboles del jardín?

—A propósito, ¿qué se hizo del criado que me abria la puerta, Blondina?

—El criado desapareció desde el dia en que prendieron á mi difunto esposo.

—¡Mal agüero!

—Me da en qué pensar su desaparicion, Geminiano.

—Quizá haya oido algunos de nuestros coloquios.....

—¡Ay! sin duda era un espía que nos acechaba! somos perdidos!.....

—¡Perdidos! repitió Geminiano, ¡oh! todavía sé yo, Blondina, manejar un puñal, acertar con una pistola y rujir como una fiera. ¡Perdidos!

—Qué noble eres, Geminiano.

El joven tomó una mano de Blondina, y estampando en ella un beso de indecible cariño:

—Y sin embargo, prenda mia, repuso, ¡aun no has sido tú tan noble que me des una muestra irrefragable de amor, Blondina! ¿Cuándo me harás dichoso?

La hija de Rocarti, abandonando entre las de Geminiano su mano, pero aplicándole la otra á

la frente, exclamó, dirigiéndole una penetrante ojeada de fuego:

—Y tú, di, ¿cuándo me vas á devolver esos hijos que tanto amo! cuándo me harás feliz, tú, que eres tan noble!

Geminiano soltó casi con desden la mano que asia.

—Por ahora, Blondina, es imposible lo que me pides, exclamó.

—¿No te entiendo!

—Escucha, Blondina, prosiguió Geminiano: un día me ví amado, un día tuve fé en mi suerte, un día, en fin, procuré ponerme al nivel del ángel que amaba, á pesar de que mi corazón no debió conocer otra pasión que la del odio á que estaba destinado. ¡Ay! pronto observé en mi senda de floridas ilusiones un arroyo que la cruzaba, un arroyo que se convirtió en río, y despues en dilatado y embravecido piélagos de desventuras. Yo desde la orilla perdía la vista en su inmensa superficie, contemplando la barquilla de mi felicidad, que se hundía cruel en el horizonte; aquel horizonte estaba ya vedado para mí. Esta es la situación, Blondina, en que un día me encontré con tu casamiento.

—¿Oh! ¿Por qué me recuerdas tan infausto suceso?

—¿Y qué había de hacer yo, prosiguió Geminiano sin curarse de la pregunta de la jóven, qué había de hacer yo, á quien habían ya arrancado de su corazón todas las ilusiones? ¡Llorar mi desgracia apartado de los hombres! torcer mis deseos á otra mujer! Y aún cuando así hubiera sucedido, ¿no se habían escaldado inútilmente mis mejillas? no encontraría siempre en el fondo de mi existencia un profundo vacío? Por otra parte, ¿á qué agotar la vida en un continuo é infructuoso despecho? Solo pensé desde entonces en vindicar á mi corazón de la deleitosa afección que le habían robado, y procuré llenarle de odio hácia Roberto y de menosprecio hácia ti, jurando en mis noches de insomnio que también probarías el cáliz de amargura; así es que determiné privarte de tus hijos. ¿Quieres que sea perjuro? ¡Oh! perdóname mi franqueza!

—¿Pero no me dijiste, exclamó Blondina brillando en sus ojos una chispa de indignación, que te los encontrastes abandonados en la calle!

—¿Perdon, querida mía!

—¿Ah! ¿Con que tú has sido mi enemigo!

—¿Era tan desgraciado!

—Y qué, ¿aun no se ha satisfecho bastante tu odio para que sigas privándome de los seres que mas amo? quieres que en nombre de tu pasada desgracia pase yo la vida en la mayor tristeza?

—¿Ay Blondina! ¿Crees que si me fuera posible no te habría ya devuelto tus hijos?

—¿Dónde están?

—Aquel día se embarcaba un amigo mio para Oriente, y ajustando dos nodrizas, los remití á Constantinopla.

—¿Dios mio! Dios mio!

Y luego añadió la jóven con una energía extraordinaria.

—Escucha, Geminiano, ¡si no los pones en mi poder, seré capaz de aborrecerte! ¡Oh! si, de aborrecerte con todo mi corazón, porque tú no sabes hasta dónde raya el cariño de una madre hácia sus hijos.

—¿Ah! ¿con que no basta para encadenarte, hermosa Blondina, ni mis padecimientos, ni mis miserias, ni mi condenación quizá? con que no basta que abjure de mis odios y te entregue otra vez mi corazón, rebosando alegría y amor? con que no basta que te dedique mi vida entera sobre el ara del mas puro afecto?

La voz del jóven, dura y como re-entida en un principio, concluyó sonora, dulce y armoniosa.

—¿Geminiano! Geminiano! murmuró Blondina subyugada; ¡mira cuánto te amaré cuando conozco que soy capaz de olvidar por ti hasta mis hijos! ¡Ah! ¿qué soy yo sin ti? Nada. Sospecho que has tenido parte en el asesinato de mi suegro, que has sido la causa de la catástrofe en que está mi casa; pero no lo puedo remediar, Geminiano; aunque en efecto fuesen ciertas mis

sospechas, aunque tu corazón fuese muy cruel, ¡yo te amo! Tu tristeza es mi pesar, tu sonrisa mi placer, y tu pensamiento mi alma. ¡He padecido tanto desde que ejecutaron á mi marido, que si no hubiera estado sostenida por tu recuerdo, sin duda que habría bajado á la tumba presa del terror! ¡Ay! qué turbulentas pasaban las horas nocturnas encima de mi silencioso lecho! Siempre estaba viendo á mi marido, con el rostro desencajado, cruzados los brazos impertérritamente, envuelto en un sudario y culpándome de su sepultura con una mirada fatídica, infernal..... ¡Qué cuatro días de asombro y espanto! Si me cubría los ojos, su imagen funesta se presentaba mas sañuda en mi cerebro; si huía al jardín, me esperaba entre el ramaje de los árboles; si me escondía en la oscuridad, allí resplandecía como un enorme carbunco; si escapaba á la luz, veía dibujarse en los rayos su pálida cabeza y su sonrisa cavernosa; de todos modos me persigue, en todas partes me acecha, constantemente me vigila; y cuando le olvido un momento, siento que toca mi vestido, y que lanza un gemido febril, angustiado; sin embargo, nunca me faltó la serenidad, nunca desmayé, Geminiano, porque tu memoria me servía de sosten, y tu amor de conjuro contra tan sombrío y pertinaz espectro. ¡Cuánto sufro! Ahora creo todas las cosas contagiadas con un hedor insoportable de azufre, y en todas partes me parece respirar su vaporoso y emponzoñado aliento. ¡Cuán tenaz me busca! Su sombra se destaca en todos lados, y si me escondiera bajo la tierra, él la abriría, diciendo: «Y bien, ¡hème aquí!» ¡Dios mio! Quisiera huir lejos, muy lejos, si fuera posible donde no hubiera noche, Geminiano, ¡por que me hacen padecer tanto las tinieblas!

—El jóven se levantó, y tomando á Blondina de una mano: ¿quieres huir lejos, huir donde no haya noche? exclamó. Un buque nos espera quizás en el golfo. Yo seré tu sol, y viviremos en Constantinopla, donde están tus hijos.

—¿Si, si! busquemos un asilo donde yo no padezca! donde se disipe mi pesadilla! donde se evaporen mis remordimientos! si, Geminiano, tú serás mi sol; huyamos!

—Y exaltada Blondina completamente, subió la escalera y la bajó á los dos minutos, llevando en la mano la preciosa caja que un día le regaló su marido.

—Toma, Geminiano ¡huyamos!

Y la alargó al jóven.

Este lanzó un grito involuntario de repente.

—¿De quién es esta caja? exclamó: ¿de quién?

Blondina retrocedió asustada.

—¿Gran Dios! prosiguió Geminiano palideciendo; tiene las dos iniciales C. B. en la tapa!... si..... si..... ¡las dos iniciales!..... ¿de quién es esta cajita? de quién?

Y dió un paso con desaforado y terrible ademán hácia Blondina; pero de pronto exhaló otro grito involuntario y su frente se inundó de alegría.

—¿Ah! exclamó, ¡ah!

Hubo un instante de tremendo silencio, en que solo se oía la respiración trabajosa y asmática de Blondina, y los latidos del corazón de Geminiano.

—Escuchad, señora, exclamó este con voz solemne: ¡la Providencia ha velado sobre mí! Escuchad. Sali de Nápoles con el objeto de buscar para darle muerte al desconocido veneciano que subrepticamente ganó en el juego á mi padre una cajita de piedras preciosas: me olvidé de la terrible misión con vuestro amor; despues mi corazón no ha sentido otra cosa que intenso é inagotable odio. Señora, ¡yo os abomino! yo os desprecio! no valeis mas que una esclava. ¡Ahora os lo puedo decir! ahora que sin saberlo conozco que he asesinado en el antiguo Dux al enemigo de mi padre; ahora que vos misma me habeis puesto en la mano la cajita en que consistía el capital de mi casa. ¡Señora! la degradación y la miseria serán vuestros compañeros en el porvenir; el luto y el llanto serán vuestros adornos; porque el destino os va á ser implacable, porque merecis un fin desastroso en castigo

de haber vendido un día vuestro corazón. ¡Que Dios se apiade de vos mas que yo lo hago!

Y poniendo la cajita entre las manos, con la frente erguida, con los labios sonrientes, en deleitosa expansión su pecho, y creyéndose protegido por la divinidad, Geminiano, terrible y desdenoso á la vez, se dirigió hácia la escalera que conducía al jardín, cuya puerta estaba abierta.

Blondina cerró los ojos atolondrada como si permaneciera bajo la influencia de un tremendo sueño, y cayó sin movimiento en el sillón.

Geminiano volvió la cabeza para regocijarse en el espectáculo que dejaba á su espalda.

El viento seguía zumbando, y vagos ruidos se oían tristes entre el follaje de los árboles azotados por un fuerte aguacero.

Geminiano fué á sonreír; pero de pronto aquella sonrisa se cambió en sus labios en una expresión indefinible de terror.

—¿Infames! gritó una voz sepulcral, lánguida y misteriosa.

Blondina saltó del sillón y quiso asirse á Geminiano; pero este la rechazó con mano helada.

—¿Infames! repitió la voz.

—¿Ah! exclamaron ambos profundamente contraidos, ese acento!..... ¡ese acento!.....

## CAPÍTULO VIII.

### EL MUERTO.

Reinó un instante de ansiedad y silencio.

Luego, suspensos, estupefactos, amilanados, con la boca entreabierta y los ojos desmesuradamente desquiciados de las órbitas, oyeron un paso firme y grave en la escalera que descendía del pavimento.

La tempestad bramaba con horrisono estruendo y la lámpara fulguraba su llama hácia la escalera, á cuyo resplandor se destacó en la denegrida pared, como la estatua de su nicho, una sombra que espresaba sobre el yeso una sonrisa implacable y amenazadora.

Geminiano dió un paso hácia la escalera del jardín, y Blondina se apoyó, para no caer, en el brazo marmóreo del sillón.

La fatídica sombra bajaba lentamente los pedales hasta que tocó el último con aquella suavidad y silencio que las almas se deslizaban sobre la arena de la Laguna Estigia en el infierno de Virgilio.

Entonces se pudo reconocer en la sombra una impasible figura humana, con los brazos cruzados sobre el pecho, la frente enhiesta y chispeante, los cabellos esparcidos sobre el cuello, los ojos fijos y los labios tersos y semi-abiertos.

Y como si tuviera la seguridad de que obstaculizaba toda salida, puso el pié con aire macilento en el subterráneo.

Geminiano quedó pálido como la cera, y dando un ruidito de miedo, se lanzó á la escalera y ganó el jardín.

Entonces la aparición, fulminando un sonido ronco y triste, que ni era gemido ni grito, se avalanzó tras de Geminiano con el brazo estendido; pero incontinenti se paró, y volviendo al centro del subterráneo, pudo creerse que quedó clavado.

Blondina, que seguía apoyándose en el sillón, doblándose sus rodillas, cayó laxa en el fondo, con los ojos turbios, los labios secos, la respiración interrumpida y fatigosa.

—¿El muerto! gritó con voz sorda ¡el muerto!

—¿Soy yo, Blondina!

—¿Ah! retira.... retira....

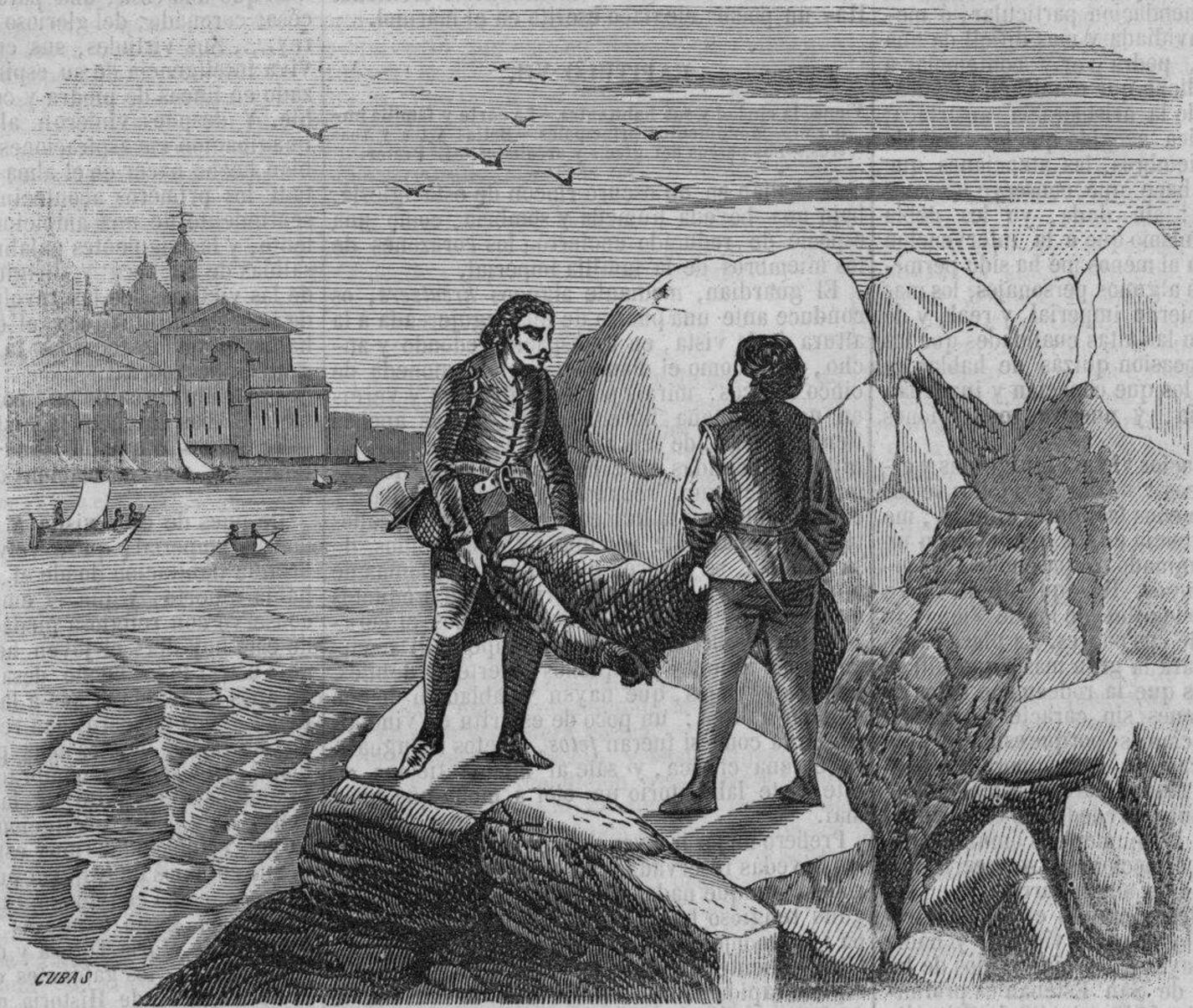
—¿Tanto te aterro?

—¿Dios mio! esto no puede ser.... ¡yo estoy soñando....!

—Es un sueño horroroso ¿verdad?

—¿El! Roberto Frari! mi marido!

—Tu marido, sí, Blondina, que ha sentido en su espíritu la hora suprema de la venganza, de los ultrajes, de las humillaciones, de los desprecios que recibió en la vida, exclamó con tono solemne y teniendo sus pálidos labios con la sonrisa del ángel malo. Si, Blondina, tu marido, si, ¡soy el ahorcado! soy el espelido de la sociedad! soy la



¡A la una! gritaron, ¡a las dos!!..... ¡a las tres!!..... (Pág. 295, columna 3.ª)

victima de esa espada que agita el hombre encima de su cabeza, como Dios el rayo, y que tiene la crueldad de llamarla *espada de la justicia terrena, simbolo de la del cielo*. Llevas razon: ¡soy tu marido, Blondina! ¿Acaso no esperabas que sorprendiese tus recreos en el subterráneo?

La espantada jóven se estregaba con una mezcla de odio y furor los pálidos y temblorosos párpados.

—Pero yo estoy aun durmiendo! balbuceó, cuántas visiones, Dios mio! yo quiero despertar! este sueño me mata!....

Exhaló un penetrante grito, y se puso á mirarle con ojos vehementes y extraviados.

—¡Y le veo!.... murmuró; parece que está vivo! parece que ha salido del sepulcro! No.... no.... ¡es imposible! le ví estrangular desde un baluarte! le ví arrojar á una profunda sima! Dios mio! Dios mio! tened compasion de mí! haced que despierte!

Roberto Frari, que en efecto era él por mas extraño que parezca, estendió el brazo y puso la mano tersa y fria sobre el hombro marfileo de Blondina, que retembló hasta en la médula de sus huesos.

—¡Ah! murmuró despavorida, ¿donde estoy? ¡qué sueño mas horrible he tenido! ¿Pero qué veo? ¡Ah! prosiguió con un sordo gemido y cubriéndose el rostro con entrambas manos, el muerto! el muerto!

—No te asustes, Blondina, dijo Frari sonriendo, te se ha ido el amante y se queda el marido; la pérdida no es mucha que digamos.

—¡Con que no soñaba! gritó la jóven desgarrándose las carnes con los dedos: ¡estoy perdida!

Y de repente se le ocurrió una idea de salvacion. Doblóse las blancas manos, afectó profundo atolondramiento, y con el seno palpitante y ardoroso, con los hombros desnudos, con el aliento fascinador, cayendo de rodillas con indescriptible afliccion á los piés de su marido, alzó la frente como si esperase un beso sobre su epidermis tan suave, tan limpida, tan brillante, tan voluptuosa.

—¡Compasion! balbuceó, compasion!  
—¿Estás loca? articuló Frari, ¡yo compadecerte! ¡Ah! ¿No es quizá que piensas seducirme con el brillo de tu frente y con el resplandor de tu seno?

El metal de aquella voz destrozó el corazon de la jóven, que miró frustrado su proyecto con terrible pesadumbre.

Pero no por eso se resignó á morir entre las manos de su marido con estóica resignacion. La cabeza de una mujer es un depósito latente de ideas que no hierven hasta que llega una ocasion suprema.

Blondina tomó su partido.

—¡Soy tu victima! articuló con humildad, ¡sombra de mis pasados amores, hiere mi pecho si lo encuentras criminal! hiere! pero si tu brazo tiembla al destroz donde siempre estuvo grabada tu imágen, perdóname! oh! si..... perdón! yo te imploro!

(Se continuará).

## VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMBOCADURAS DEL DANUBIO  
POR MUNICH, EL PAIS DE SALTZBOURG, VIENA Y  
LOS PRINCIPADOS.

—Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste.—

(Continuacion.—V. el núm. 18).

Las principales plazas son las de *Saint-Etienne*, de *OEm-Hof*, de *Freyunz*, el *Josephs-Platz* y el patio interior del palacio por donde se pasa para salir de la ciudad por el *Burghor*, y de allí tomar el paseo de los glaciés. En general estas plazas son irregulares, poco estensas, y no ofrecen la parte de arquitectura que adornan la mayoría de las plazas de nuestras grandes ciudades. La antigua capital del Austria, obra progresiva del tiempo y de una poblacion superabundante, ha visto acumular en corto espacio las casas, calles y palacios, y todo este conjunto está habitado con-

fundido y reunido como en la ciudad de Londres, ó en nuestro antiguo Paris. Hoy dia como todo el lleno de la poblacion tiene ocupado los inmensos barrios que rodean la ciudad, el circulo de murallas no es mas que un engaño: una parte se halla ya convertida en paseo, el resto aun mira la fiera actitud de una muralla militar; pero un decreto de fecha reciente ha autorizado para la transformacion; y en lugar de estas líneas de defensa inútiles en su mayor parte hoy dia, de fuertes edificios, verdaderas plazas de armas levantadas en varias puertas de la ciudad, y la dominante con sus largas líneas de cañones, sumergen á la vez en el interior, y mas allá los barrios. La esperiencia de las revoluciones es una hábil consejera para los que quieren reflexionar, y en Viena como en otros puntos, los acontecimientos de 1848 han tenido por consecuencia el avisar al poder, y hacerle adoptar los medios de conservacion mas enérgicos.

Los palacios y edificios públicos de Viena son muy numerosos, y no faltan algunos, por lo menos, ni de dimensiones ni belleza monumental; pero en general, están colocados unos sobre otros, arrimados á casas particulares; y á la inversa de los de Munich, les falta aire y no pueden apreciarse fácilmente. Sobre todo en el interior, donde es preciso estudiarlos, se revela en toda su poderosa opulencia la vida de la aristocracia austriaca y aquella existencia señorial y primicial, que no tiene casi igual, ni aun en Inglaterra. ¡Qué de riquezas de todas clases, qué de obras maestras artísticas, ocultas en los palacios del archiduque Alberto, de los principes de *Lichstenstein*, *Esterhazy*, *Schwartzemberg*, *Cobourg Cohary*, *Auersperg* *Districhstein* y otras poderosas familias cuyos nombres recuerdan las alianzas reales, y que graban sus blasones en todas las páginas de los anales del imperio! Residencias de estío ó de invierno, espléndidas galerías de cuadros, salas de armas, donde todas las épocas han pagado su tributo; reliquias patrimoniales aglomeradas hace siglos; bibliotecas tan considerables como las de un estado soberano, tales son las maravillas que encierran estos

palacios, y que el extranjero, si tiene la buena suerte de una recomendación particular, ó mejor aun, la mas envidiada y mas difícil de una presentación oficial, podrá ver y contemplar á su satisfacción. He dicho que era difícil penetrar en la vida íntima de la aristocracia austriaca; no obstante la benéfica acogida que he recibido de algunos de sus miembros, las atenciones que me han guardado, hace que conserve los mas preciosos recuerdos: sin duda, yo les debía mucho menos á mi mismo que á la intervencion de mis amigos; pero al menos me ha sido permitido el ver de cerca á algunos personajes, los mas distinguidos del gobierno imperial y real, y de apreciar en su punto las altas cualidades que los distinguen. Tendré ocasion quizás de hablar de algunos de ellos, de los que conocian y juzgaban mejor nuestra Francia, y nuestras instituciones civiles y militares.

Después de los palacios vienen las iglesias y establecimientos públicos: nombrarlos todos sería, si no imposible, al menos fastidioso é inútil; me detendré con preferencia en los que ofrecen un carácter mejor determinado, ó que encierran monumentos mas preciosos. Hé aquí desde luego San Estéban, orgullo legítimo de los de Viena, la gloria y arca santa de sus padres. La plaza es irregular y pequeña para la gran masa que allí se levanta: los edificios que la rodean son todos de antiguas construcciones sin carácter; pero tal como ella es, la apreciamos, porque está en la basílica, de la que es casi la contemporánea. Aun en el centro de la ciudad parece extenderse el ruido por un momento alrededor de estos viejos muros; y á pesar de los numerosos ómnibus que allí hay para todas direcciones, se creeria casi hallarse en el extremo de algun barrio.

Entramos en la iglesia cuando el sol penetra aun á través de los espesos vidrios, y hacia correr sus dudosos rayos por los intervalos de los pilares. El carácter de San Estéban es profundamente religioso; sin duda, al edificio falta ligereza, la bóveda es baja, las entre-columnas son muy espesas y macizas, los arcos cruzados son pequeños; pero la oscuridad que reina casi por todas partes, convida allí al recogimiento, y los detalles de ornamentación tan raros, que tienen la mezcla de diferentes épocas, ofreciendo á la observación los contrastes mas diversos. La gran portada, ó *Reisenthor* (Puerta de Gigantes), se destaca atrevidamente de las cuatro puertas laterales, y se comprende el gozo de la población, cuando aquella gran puerta reservada para los días de acción de gracias, para los *Te Deum* de las victorias, ó la subida al trono de algun soberano, permite libre entrada á la multitud. Yo ví celebrar al nuncio apostólico, con motivo del concordato promulgado en todo el imperio, y nunca, ni aun en Roma, las magnificencias del catolicismo habian desplegado mas esplendor.

Entre las demás iglesias, las hay aun mas notables, por la decoración interior, que por el mérito arquitectónico: tal es la de Santa Maria Stiegens, en la que la torre con ocho lienzos llama la atención de la multitud, mientras que las obras maestras que encierra agradan al amante de las artes. La iglesia de los *Agustinos* nos mostró la célebre composición de Cánova, la tumba de la archiduquesa Cristina, princesa de Saxe-Teschen. ¡Que poderosa era la mano que esculpió en el mármol aquellas admirables figuras de la vejez, la infancia y la pubertad, piadosamente inclinadas de pié á la izquierda del monumento, y del otro lado mirad aquel ángel medio tendido en tierra; parece destacarse del suelo y apenas descansar sobre su mano izquierda, mientras que en la derecha tiene la palma de la inmortalidad á la que la muerte arrastra hacia las profundidades de la tumba! ¡Con que resignación pensativa y cristiana, la noble víctima llora la vida, no para ella misma, sino para el bien sembrado á su paso, y vuelve sus ojos para ocultar las lágrimas de que están arrasados! He visto muchas obras de Cánova; y he admirado con frecuencia á aquel gran genio en sus composiciones mitológicas, ó en estos bustos donde la vida respira, donde el alma anima la materia; pero nada me ha hecho mas impresión como

aquella tierna alegoría de la muerte cristiana. Hay un poema elegiaco escrito en el mármol.

### CAPITULO VII,

Viena, la ciudad y sus habitantes.—La corte y familia imperial.—Monumentos principales.—Bellas artes y teatros.—Los paseos del glacis y arrabales.—El Prater.

Se hallan en un oscuro rincón de esta iglesia, bajo una bóveda húmeda y sombría, como una especie de reducido encierro, los corazones de los miembros de la familia imperial.

El guardian, mediante algunos *kreutzers*, os conduce ante una puerta de tela, agujereada á la altura de la vista, en un espacio redondo y ancho, casi como el diámetro de una moneda de cinco francos: mirais por esta abertura y veréis en una pequeña bóveda súa, y que apenas tiene claridad, de seis á ocho piés cuadrados, tablitas carcomidas, cargadas de botes de todos tamaños y de figura redonda: estos son de plata y ennegrecidos por la humedad. Al verlos colocados tan simétricamente por filas, y guarnecidos de su etiqueta, se parecen mucho á las redomas de una botica ó á las de un fabricante de productos químicos. Dichos botes conservan todos el corazón de un soberano ó de un príncipe: allí se encuentran grandes y pequeños, fuertes y débiles, jóvenes y viejos, que hayan temblado ó hecho temblar á otros: un poco de espíritu de vino los conserva como si fueran *fetos*, objetos repugnantes en una clínica, y sale al mismo tiempo de este triste laboratorio un olor á moho que hace mal.

Prefiero mejor ir á ver al *convento de Capuchinos*, las bóvedas reservadas con las sepulturas imperiales, aunque nada allí inspira sentimiento alguno religioso hacia la gran dignidad de la tumba: un monje joven me servia de guía, y en un latin valiente de sintaxis y de entonación me esplicó rápidamente como un hombre cansado de su tarea, y deseoso de concluir, la disposición de las tumbas y el nombre de los que encierran. Las bóvedas, á lo menos, estaban secas y bien ventiladas; se respiraba con facilidad; pero todo está allí confundido y puesto como barriles en almacenes ó en una tienda de géneros para espendar. Ninguna grandeza importante nos inspiró. Sin embargo, me detuve ante el rico mausoleo de Maria Teresa, construido, como todos los demás, de estaño macizo, y ricamente historiado; brillaba como la plata, y sus ángulos cargados de estatuas, de guirnalda, de flores ciaceladas, desaparecian casi bajo las coronas de siempre vivas de que se hallaba cubierto. El nombre de la heroica hija de Carlos VI es siempre popular en Austria, y tiene bien merecida su gloria esta reina emperatriz, á quien el país le es deudor de su poder actual. Las debilidades de mujer, las extravagancias del carácter privado desaparecen ante la obra política, y por todas partes, en Viena, así como en las demás ciudades y pueblos del imperio, el nombre de Maria Teresa es pronunciado con amor y respeto. Cerca de allí, se hallaba colocado transversalmente sobre vigas apenas cuadradas, un ataúd estrecho y largo, semejante á una caja de fusil, ó un fardo de la aduana, fijó mi atención por lo sencillo y ausencia de toda clase de adornos. Quizás esté así por olvido del momento, ó quizás espere aun los honores de un zócalo ó de un sarcófago ricamente cincelado.... Yo me aproximé, é inclinándome un poco hacia el número que tenia, lei una inscripción latina que todos nosotros conocemos en Francia.... Esta era la tumba del duque de Reichstad, ¡del hijo de Napoleon!

Hé aquí en medio de los archiduques de la casa de Lorena, en aquel asilo donde duermen los que han sido emperadores y debian serlo, al príncipe que fué rey desde la cuna y á quien la púrpura de los Césares ha servido de mantillas. ¡Pobre joven, feliz príncipe quizás que ha dejado en nuestro siglo el enigma indescifrable de su porvenir, y que á su tumba anticipada no ha llevado sino lastimas, esperanzas y lagrimas!—Lei con detención y enternecimiento aquella inscripción, donde el amor paternal del viejo emperador Francisco I no habia olvidado

mas que una cosa, una palabra, el nombre de César coronado, del glorioso padre de aquel niño-rey.... Sus virtudes, sus cualidades nativas, la viva inteligencia de su espíritu, todo estaba trazado en líneas de piedra y con una tristeza sensible. Y después vinieron al mismo tiempo á mi imaginación las aspiraciones devorantes que habian hecho nacer en el alma del duque de Reichstadt los primeros acontecimientos de 1830, el sentimiento de una ambición contenida é impotente, y las siguientes palabras puestas en verso, salidas de su boca y dirigidas á Marmont, otra de las víctimas de las revoluciones, su maestro de historia militar, con el cual tantas veces le habia agradado recordar la época guerrera del gran emperador....

«Llegado cerca de mí, por un celo sincero, tú me contabas entonces la historia de mi padre.... —Tú sabias lo que mi alma atenta á tu voz, se inflamaba con la relación de sus nobles hazañas....»

Después de esta visita á las sepulturas de la familia imperial, quise volver á ver en Schenbrün la habitación donde el duque de Reichstadt habia muerto, y que el emperador Francisco I conservó con religiosa piedad. ¡Ay! nada queda de esto hoy día: el joven heredero de la corona de Austria lo ha hecho desaparecer. El César de 25 años ha tenido miedo á la sombra del rey de Roma, y los tapiceros han recibido orden de quitar hasta los objetos mas pequeños del mueblaje... Sin ser tan nombrada como en otros artículos para el culto de las artes, Viena encierra muy bellas instituciones científicas y literarias, y colecciones muy estrañas.

Sus edificios de utilidad pública son muy numerosos, como convienen á un gran imperio, y se visita con gusto é interés la academia Politécnica, la de Maria Teresa y de José II, el instituto oriental, los gabinetes de Antigüedades, de Mineralogía y de Historia natural, las galerías de pinturas, verdaderos museos, que en su mayor parte son la propiedad hereditaria de ilustres familias. La Universidad, el Observatorio, los cuarteles restaurados y engrandecidos con una forma monumental desde 1848, el Consejo áulico de la guerra, los inválidos, el Belvedere (1), el Instituto militar geográfico, donde se prepara la carta del imperio, semejante á nuestra *carta de estado mayor*, el Banco imperial y real; algunos hospitales civiles ó militares, etc.: todos estos establecimientos pueden competir con lo que tenemos de mas bello y mas completo. También hay en Viena una fábrica de porcelanas, justamente celebrada, y cuyos productos rivalizan con los de Dresde. Se sabe hasta donde llegó el gusto en el siglo XVIII, mejor diria la mania de las porcelanas: cada país pretendia sobrepasar á sus vecinos en el arte de la fabricación, y la originalidad de los modelos. Maria Teresa supo sacar hábiles obreros, y en poco tiempo tuvo creada en Viena aquella importante fábrica, superior hoy día á todo lo que encierra Alemania, rival muchas veces feliz de nuestra fábrica de Sevres.

No olvidemos, sin embargo, que el imperio de Austria compuesto de muchos reinos, por largo tiempo separados y distintos, tiene además de Viena otras tres grandes capitales: Praga, Milan y Venecia, y que la centralización es allí mucho menos absoluta que en Paris. De lo que resulta, con fisonomía mas variada, diferencias sensibles que tienden al carácter de las poblaciones y á la naturaleza de los países.

Solo los teatros no corresponden á la grandeza de la capital: son, en general, poco numerosos, estrechos y nada cómodos, y no obstante los habitantes de Viena tienen el gusto artístico y un sentimiento muy desarrollado para las obras de imaginación. La ciudad que ha visto los triunfos de Mozart y de Hayden, de Gluck y de Beethoven, donde sus bellos genios han pasado su existencia casi toda, donde Metastasio tuvo el título de poeta imperial y goza de la íntima familiaridad de dos soberanos, se debe á ella misma el cultivar y proteger el arte de la escena; pero

(1) Azotea desde donde se descubre mucho terreno.

Austria se contenta con arrojarnos como un desafío los esplendores de la Fenicia ó de la Scala, sin mostrarse muy exigente, se querría un poco mas de lujo y esmero en los teatros de la capital. Se ha abierto en el Leopoldstrasse una sala de construcción reciente; es grande y mucho mejor distribuida que todas las anteriores. Por lo tanto, esta aun no tiene aquel carácter monumental que sienta bien en los templos de la música ó del arte dramático.

(Se continuará)

## CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 47).

### IX.

Y todas esas emociones, ya sueltas ó reunidas, componen para el hombre la poesía del mar, y concluyen por dar al contemplador el vértigo de tantas impresiones. — Se siente este en la ribera elevada de los mares, como dice Homero, y quedase aislado, inmóvil y mudo, mirando y escuchando á las olas; y si trata ante tal espectáculo de hablarse á sí mismo, busca involuntariamente un idioma que le recuerde la grandeza, la profundidad, el sueño, el despertar, la cólera, el ruido y la cadencia del elemento, en el cual á fuerza de emociones que han brotado desde el abismo hasta sus sentidos, ha contractado en su alma por breves instantes la conciencia de lo infinito. — El hombre que habla entonces, exclama, gime, llora, se exalta, se estremece, gotea, tiembla, se anonada, se prosterna, adora, ruega y canta el *Te Deum* de la grandeza de Dios y la pequeñez de los hombres; y su canto adquiere instintivamente la simetría, la sonoridad, la majestad y la caída y recaída de las olas. — Sus versos se amoldan y se armonizan con la sucesión y la alteración de las ondas por medio del ritmo; es decir, por la medida musical de las palabras. — Pero aun el corazón del hombre ¿no es un órgano ritmado?

### X.

Si recorriéramos así sucesivamente todos los fenómenos del mundo visible ó social, encontraríamos en todos ellos un sin número de elementos poéticos, ocultos para los profanos en toda la naturaleza, como el fuego en el pedernal. — Todo es poético para el que sabe ver y sentir. — No es poesía lo que falta en las obras del Señor; lo que falta es el poeta, ó por mejor decir, el intérprete ó el traductor de la creación.

¿Pero qué sería si recorriéramos la escala del alma humana desde la infancia hasta la caducidad, desde la ignorancia hasta la ciencia, y desde la indiferencia hasta la pasión, para conocer el primer golpe de vista lo que es de dominio poético ó prosaico? Encontraríamos en todo que la emoción es la medida de la poesía para el hombre; que el amor es mas poético que la indiferencia; que el dolor es mas poético que la felicidad; que la piedad es mas poética que el ateísmo; que la verdad es mas poética que la mentira, y por último, que la virtud, sea que la consideremos en el hombre público, que se sacrifica por su patria, ó en el hombre privado, que se sacrifica por su familia, ó bien en la mujer humilde, que se dedica á servir en los hospicios de los pobres, sacrificándose á Dios en los seres que sufren, encontraréis por doquier, decimos, que la virtud es mas poética que el egoísmo ó el vicio; porque la virtud es en sí la mas fuerte, al par que la mas divina de las emociones.

### XI.

Hé aquí por que los verdaderos poetas cantan la verdad y la virtud, mientras que los poetas inferiores cantan los sofismas y el vicio. — Los

poetas del vicio son los músicos malos que no conocen su instrumento y que tañen la cuerda corta y falsa, en vez de la verdadera y eterna. — Se equivocan aun para su gloria. — El sonido que produce la emoción del bien y de lo hermoso, para los que tañen con igual talento, es mil veces mas íntimo y sonoro, que la vibración que producen las pasiones malas ó superficiales del hombre; porque mientras mas divinidad se encierra en una poesía, mas poesía tiene en sí; porque la poesía suprema es Dios. — Se ha dicho: El gran arquitecto de los mundos; y se hubiera podido decir: ¡El gran poeta del universo!

### XII.

Si nos interrogan ahora acerca de esa forma de la poesía que se llama *el verso*, responderemos francamente: que su forma, la del ritmo, la medida, la cadencia, la rima ó la de la consonancia de ciertos sonos parecidos al fin del renglón cadencioso, nos parece diferente á la poesía, en la época adelantada y verdaderamente intelectual de los pueblos modernos.

Dirémos mas: sea que hemos escrito nosotros mismos una parte de nuestra débil poesía, bajo dicha forma, por imitación y por costumbre, confesarémos que el ritmo, la medida, la cadencia y la rima sobre todo, nos han parecido una puerilidad y casi una derogación de la dignidad que tiene en sí la verdadera poesía.

¿No es pueril, en efecto, y hasta un juego infantil, el que esa condición arbitraria y humillante de la prosodia de los pueblos, consista en circunscribir la expresión de su pensamiento, en sílabas tan pronto breves como largas, á semejanza de una bailarina, que dá dos pasos cortos y luego uno muy grande en las tablas del escenario? ¿No es pueril que la poesía consista en contar el sentimiento en toda su fuga, en dos hemisticios de igual dimension, como si las vibraciones del alma fuesen paralelas, y que la pasión, el amor, la adoración y el entusiasmo, deban ser cortados por la cesura, como el arco del director de orquesta corta el aire en dos, para que se guien los demás músicos? ¿O bien como si el pensamiento no pudiese lanzarse desde la tierra hasta el cielo, á menos de adherir bajo el nombre de rima á cada uno de sus versos, dos consonantes metálicas; como la balladera de la India, que se pone cascabeles en los pies para entrar y adorar en el templo?

En verdad sea dicho, cuando el hombre llega al serio horizonte de la vida por medio de los años y la reflexión, no puede por menos que sentir un bochorno de sí mismo, y una especie de desprecio, para lo que se llama tan impropriamente las condiciones de la poesía. — ¡Pues qué! la poesía ó la emoción de lo hermoso; la poesía, esa esencia de las cosas contenidas en cierta proporción en todo lo que Dios ha creado; la poesía dejará de ser lo que es, porque el poeta dotado del sentimiento sublime de la emoción de lo bello, no consienta en rebajar ese sentido intelectual á una puerilidad simétrica y á una vana consonancia de sonoridad. — Sería necesario sonrojarse del nombre de poeta, que es el mas bello de los que toma el hombre en la región de las almas.

### XIII.

Concebimos el verso en el origen de las literaturas, cuando la inteligencia pura estaba menos desprendida de los sentidos.

El hombre se compone de sentidos y de espíritu. La sensualidad y la intelectualidad de su ser debían asociarse á cierto grado en su lenguaje poético. — La parte sensual ó musical de dicho lenguaje debió predominar entonces en la parte intelectual é inmaterial del pensamiento. — El son podía prevalecer en los sentidos.

Fué la época en que la sensualidad popular inventó los ritmos, las cadencias, las intercadenencias, las cesuras, los números, los hemisticios, las estrofas y las rimas. — La costumbre de no oír ó no leer nunca la poesía mas que en esas formas sonoras y simétricas, hizo que se confun-

diese la poesía con los versos, el licor con el vino y la materia con el molde. — De aquí ha nacido esa preocupación que nos domina todavía; pero que está medio vencida. — La poesía al llegar á su edad viril, se despojará de las mantillas de su puerilidad.

### XIV.

Entre los grandes escritores, poetas los unos por importancia, y los otros por desden, no se han servido de la forma de los versos; y sin embargo han inundado el alma de poesía. — Platon, Tácito, Fenelon, Bossuet, Buffon, Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre, Chateaubriand, Mme. Staël, y Mme. Sand, en Francia, y una multitud de otros escritores de Alemania é Inglaterra, han escrito páginas tan conmovedoras y tan armoniosas como los mejores versificadores de nuestros tiempos y de la antigüedad. — Se puede afirmar sin escándalo, que hay mas poesía verdadera en su prosa, que la que encierran nuestros versos, porque hay mas libertad en ella. — La dificultad vencida es un placer para los espíritus geométricos y entusiastas, pero no para los ignorantes. — La mayor parte de los lectores no se inquietan del esfuerzo, sino del efecto; la multitud quiere sentir y no admirarse, y de aquí viene el descrédito creciente del verso y de la rima, que no nos parecen mas que juegos de la pluma y de los oídos. — De aquí nace también esa blasfemia ininteligente de Pascal; que confundiendo al rimador y al poeta, se atrevió á escribir que «un poeta era para sus ojos tan despreciable como un jugador de bolos.» — Término exacto si se aplicase al amontonador de metros y de rimas; pero absurdo y blasfemo de la obra maestra de un Dios, si incluyera en él al poeta; es decir, al que concluye la creación, contemplándola, animándola y exprimiéndola.

### XV.

Digamos ahora una palabra sobre lo que se llama los diferentes géneros de poesía escolástica.

El género no es el que concede la preeminencia, es el genio. — Sin embargo se pueden clasificar, si se quiere, los géneros de poesía por su naturaleza. — Mientras menos sensualismo tenga el poeta, mas verídico será y mas espiritualista; es decir, sobrehumano.

Así, los primeros poetas son evidentemente los líricos, porque su poesía es mas espiritualista que la de los otros, y porque se dirige exclusivamente á la mayor de las facultades humanas, que es el entusiasmo.

Después de ellos, y según el mismo principio de pura espiritualidad en mayor ó menor escala, vienen los poetas épicos; es decir, los que cuentan, por qué sus poemas se dirigen principalmente á una facultad secundaria del espíritu humano, que es el interés hacia las aventuras de la vida heroica ó nacional.

Luego vienen en tercer orden los poetas dramáticos, según el principio asentado de la mayor ó menor intelectualidad en sus obras; es decir, los que representan en sus poesías, por medio de personas que hablan ó que obran en la escena, las peripecias de la vida humana, pública ó privada.

¿Por qué ese género de poesía, que comparece á menudo en nuestros teatros ante el público, es inferior á los otros dos? Por que se dirige especialmente á las dos facultades inferiores del espíritu humano, que son la curiosidad y la pasión.

¿Y por qué mas? Porque es de todos los géneros de poesía el que menos se basta á sí mismo, el que vive menos de su propia sustancia, y el que toma mas socorros materiales de las otras artes, para producir su efecto en los hombres.

Le es necesario al poeta dramático, para conmover con todo su poder el corazón humano, un teatro, una escena, decoraciones, músicos, pintores, actores, trajes, gestos, palabras, lágrimas fingidas, exclamaciones, gritos simulados, sangre imaginaria y mil medios extraños á la poesía. — Al poeta lírico y al poeta épico, no le es necesario mas que una gota de tinta en la punta de

una caña ó de una pluma, para trazar, evocar é inmortalizar en el pápiro ó en una hoja de papel, el interés, la plegaria y las lágrimas eternas del género humano.

## XVI.

Sabemos bien, y lo repetimos, aunque fuera de esa superioridad ó inferioridad, relativa de los géneros en la poesía, hay la superioridad ó inferioridad de los poetas que reclaman á menudo dicha clasificación por la soberana escepcion del talento: que un poeta épico como Homero, por ejemplo, es igual ó superior á un poeta lírico como Orfeo; que un poeta dramático como Shakspeare sobrepasa á todos los poetas épicos de los tiempos modernos, y que tiene en su mano personal las facultades poéticas del himno, de la oda, del recitado, del drama, de la tragedia, de la comedia, de la elejia, y en fin, lo que vibra, piensa, canta, obra, llora y rie en el corazón del hombre, según la naturaleza.

He hecho mal tal vez de escribir todo lo que rie; porque la risa no es del dominio de la poesía, tal cual debe ser entendida.—Aun cuando se ria en verso, no solamente la risa no es nunca poética, sino que es opuesta á toda poesía, porque es el reverso del entusiasmo y de la belleza.—La risa es una de las malas facultades de nuestra especie; es la espresión de la denigración, la burla, la vanidad oculta y una maligna satisfacción de nosotros mismos, cuando sorprendemos á nuestros semejantes en el flagrante delito del ridículo.—La risa es divertida, pero insana.—Los grandes cómicos pueden tener el genio de la flaqueza humana, y pueden ser por lo tanto grandes pintores; pero no serán nunca grandes poetas, á no ser que una casualidad haga aparecer un destello de poesía en su espresión.—La envidia, la malicia, la ironía, el desprecio y la multitud, se rie en sus malos dias; pero la bondad, la piedad, el amor, la compasión, la caridad, la virtud, el genio, la abnegación y la sabiduría, no rien nunca.—¡Desgraciado el pueblo ateniense que se reía de todo, y hasta de sus glorias y desgracias.

Disimuladme esta imprecación contra la risa en poesía.—En el cielo no se rie.—Satanás solo es el que rie cuando el hombre sucumbe.—Lo hermoso y lo santo son serios; y quien dice poesía, dice hermosura.

## XVII.

Ahora permitidnos que hablemos un momento sobre las divisiones en este libro.

El título y la forma de *plática* que hemos dado á este curso familiar de literatura universal, dicen claramente que no procederemos metódicamente en el inventario de las obras intelectuales del hombre; y que para evitar la monotonía, la saciedad y el hastío de esas ondas del estudio, pasaremos algunas veces de un siglo, de un hombre y de un libro, á otros siglos, á otros libros y á otros hombres, con la lógica secreta de las analogías, pero también con la libertad de la conversación.—El orden de las materias, que es el hilo del laberinto que vamos á recorrer, tan solo lo romperemos en apariencia, en toda nuestra obra; porque cuidaremos de no entrelazar en la misma *plática* motivos de diferentes tiempos, naciones, y autores, lo que introduciría la confusión en la presente obra, sino el consagrar cada *plática* ó varias de ellas á un mismo objeto, y colocando en el encabezamiento ó al margen de cada una, la época á que se refiere, para que al fin del curso puedan nuestros lectores restablecer el orden cronológico, interrumpido un momento por la libertad ó la satisfacción de la conversación literaria.

## XVIII.

Un motivo tan vasto como el inventario de todas las literaturas, requiere esencialmente algunas divisiones, que son la distribución de la luz entre las diferentes partes de una misma materia.

(Se continuará.)

## SECCION CIENTÍFICA.

## LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Mecánica industrial.—Cinemática.—De las fuerzas y de sus efectos.—Motores: clasificación de los mismos.—Fuerzas activas y pasivas.—Fuerzas constantes y variables.—Potencias y resistencias.—Resistencias pasivas.—Dirección, punto de aplicación é intensidad de las fuerzas.—Medida común para espresar la intensidad de las fuerzas y medios para representarlas.—Dinamómetros ó aparatos para medir las fuerzas.—Máquinas motoras ó receptores.

La *mecánica industrial* es la ciencia que estudia la acción de las fuerzas sobre los cuerpos, los movimientos que originan y su aplicación á las máquinas que emplea la industria para efectuar sus numerosos y variados trabajos, según leyes y datos que aunan los resultados prácticos con los principios teóricos que nos da á conocer el estudio de la ciencia que hemos definido, y de cuyos principios elementales vamos á ocuparnos en algunas de estas *Lecturas*.

Se denomina *Cinemática*, la parte de la *mecánica industrial*, que estudia bajo el punto de vista geométrico, los diferentes sistemas que se emplean para originar, transmitir y modificar, según datos fijados con anterioridad, un movimiento determinado.

Son las *fuerzas* las causas distintas que modifican ó tienden á modificar el estado de movimiento ó de reposo de los cuerpos, los agentes llamados á vencer las resistencias que se oponen al desarrollo de los trabajos industriales. Las fuerzas de que se ocupa la *mecánica* son tangibles á nuestros sentidos por las presiones ó por los esfuerzos que nos es dado medir, aun cuando no originen movimiento alguno por no poder vencer los obstáculos que se oponen á su acción, y por los movimientos que originan, los cuales relacionados con las masas de los cuerpos, con la duración de los movimientos y con los caminos que han recorrido, nos ofrecen los elementos necesarios para estudiar la naturaleza é intensidad de las fuerzas.

Las fuerzas que se aplican á las máquinas, ó aparatos destinados á desempeñar diferentes operaciones industriales, reciben el nombre de *fuerzas motoras*, ó bien se designan simplemente, bajo la denominación de *motores*, los cuales podemos subdividir como sigue. Bajo la denominación de *motores animados*, se comprende la aplicación del peso y del esfuerzo muscular de los hombres y de los animales, al movimiento de las máquinas: sirvan de ejemplo los caballos que ponen en acción las norias, y los aparatos que constituyen las tahonas; los hombres que se aplican á las manubrios de los cabrestantes, á los pedales de las piedras de afilar, de los telares de mano y á otro gran número de mecanismos, que fuera ocioso detallar, por ser de todos conocidos. Los *motores animados* se distinguen de los que enumeraremos á continuación, en que no pueden trabajar de una manera continua, teniendo necesidad de descansar y de reponerse, después de faenas de una duración determinada.

El movimiento del aire, ó sea la fuerza que este origina, se utiliza igualmente como motor; así por ejemplo, vemos que del viento reciben su acción las velas que efectúan directamente la propulsión de los buques, la cual se utiliza también para poner en marcha diferentes molinos destinados á varios procedimientos industriales. Este motor se distingue por su constante irregularidad, empleándose por lo mismo, para beneficiar su esfuerzo, el uso de superficies espuestas á su impulso, y cuya extensión puede aumentar ó disminuirse con suma facilidad.

La fuerza elástica de los vapores, y la que procura la compresión del aire, ofrece á la industria uno de los motores más importantes, tanto por su constante regularidad, como por la variación con que podemos procurarnos sus esfuerzos; así es que sus aplicaciones aumentan cada día, siendo en la actualidad el motor que domina en los trabajos industriales de mayor importancia, cual son los que originan los caminos de

hierro, la navegación por medio del vapor, y las máquinas de fuerzas colosales que desaguan las minas y que procuran viento y fuerza á los hornos y á los aparatos que funden y trabajan los productos metalúrgicos. El aire comprimido, entre otras varias aplicaciones, se emplea en la actualidad para perforar los Alpes que deben cruzar las locomotoras.

La fuerza de la *pesantez* que atrae ó procura atraer todos los cuerpos hácia el centro de la tierra, nos ofrece, considerada como motor, numerosas aplicaciones, presentándonos de las mismas repetidos ejemplos, las corrientes de las aguas, que dan impulso á las ruedas hidráulicas, los planos automotores que se emplean para el ascenso de los minerales y combustibles; los pesos de los relojes que dan movimiento á las agujas, que miden é indican la división del tiempo, etc., etc.

Las fuerzas *magnéticas* y *eléctricas* ofrecen ya admirables aplicaciones como fuerzas motoras, y hoy elaboran con maravillosa exactitud, sorprendentes tejidos y trabajos industriales de reconocida importancia.

Hemos enumerado las principales fuerzas motoras, que emplea la industria, dejando de especificar otras de poca importancia y escasas aplicaciones, porque científicamente consideradas, pertenecen á algunas de las clases de las cuales hemos hecho mención.

Las fuerzas actúan unas veces como *activas* ó *aceleratrices*, y en otras circunstancias como *pasivas* ó *retardatrices*: en el primer caso tienden á comunicar un movimiento ó á acelerar el que han adquirido los cuerpos; al pertenecer á la segunda clasificación, procuran disminuirlo. Si varios caballos efectúan la tracción de un buque en un río contra su corriente, actúan aquellos como fuerza *aceleratriz*, y como *retardatriz* la corriente del río, fuerza que pertenece á la primera clase, si los caballos remolcan el buque en el sentido de la corriente.

Se denominan fuerzas *constantes*, las que actúan con una intensidad siempre igual; y *variables*, aquellas que reconocen intensidades constantes: las intensidades de las fuerzas, en este último caso, pueden variar según leyes geométricas, ó bien de una manera cualquiera.

Las fuerzas activas ó *aceleratrices* se designan igualmente bajo el nombre de *potencias*, recibiendo el de *resistencias*, las fuerzas pasivas ó *retardatrices*. Existen fuerzas esencialmente resistentes, que se desarrollan en todos los aparatos ó máquinas á que recurre la industria, y que absorben constantemente una parte del trabajo que aquellas efectúan. Estas resistencias, cuyo examen constituye uno de los estudios más importantes de la *mecánica industrial*, se denominan, *resistencias pasivas*, tales son el rozamiento, la rigidez de las cuerdas etc., etc. Bajo el nombre de *resistencias útiles*, se designan, en la ciencia de que tratamos, las resistencias que continuamente renovadas se oponen al trabajo de las fuerzas, y cuya destrucción origina el trabajo de las mismas. Tales son, por ejemplo, la resistencia que oponen los metales á los instrumentos que los tornean ó perforan, á las limas que proporcionan sus formas á un ajuste dado, y las resistencias que ofrecen los terrenos á la tracción del arado, los cereales á las piedras que los reducen á harina, etc., etc.

Se denomina *dirección de una fuerza*, la del movimiento que comunicaría á un cuerpo la fuerza que se considera, si permaneciendo en reposo, cediese libremente á la acción única de la misma; así decimos, por ejemplo, que la vertical es la *dirección* de la *pesantez*. Dos fuerzas pueden reconocer por dirección común una misma línea, y actuar en igual ó sentido contrario. Cuando ocurre este caso, se indica sobre la línea que representa la dirección de las dos fuerzas, el sentido en que una y otra actúan, por medio de una flecha. El punto de *aplicación* de una fuerza es aquel en el cual actúa, y por el que tiende á poner en movimiento el sistema material al cual se aplica. La *intensidad* de una fuerza es su magnitud comparada con la unidad que se haya aceptada para espresar su esfuerzo.

Las diferentes fuerzas que hemos enumerado al principio de este artículo, aunque no son semejantes en su naturaleza, ni en sus causas, pueden reconocer una medida común para apreciar sus intensidades. Para demostrar este aserto, empotremos un resorte en cuyo extremo libre podamos suspender un peso; aquel, forzado por la intensidad del peso, se curvará, y su flexión será más ó menos intensa, según sea el peso del cuerpo suspendido al extremo del resorte, el cual, al cesar de actuar sobre el mismo el peso, en virtud de su elasticidad, volverá á recobrar su posición primitiva. Si desarrollando un esfuerzo muscular, obligamos nuevamente al resorte á que ocupe la misma posición que aceptó antes bajo la presión del cuerpo suspendido á su extremo, es evidente que el esfuerzo muscular y el peso han producido dos efectos idénticos sobre el resorte, y que ambas fuerzas, aunque de distinta naturaleza reconocen por medida de su intensidad la del valor que corresponde al peso de que hemos tratado. Es indudable, igualmente, que por el empleo de resortes y de escalas que determinen los pesos que corresponden á sus flexiones, podemos medir de una manera común las fuerzas, por distintas que sean sus naturalezas respectivas. Así, pues, compararemos las fuerzas á los pesos de los cuerpos, y aceptaremos como término de comparación, ó como unidad de medida, el kilogramo, ó sea el esfuerzo desarrollado por la pesantez sobre un cuerpo que pesa un kilogramo.

Para representar de una manera tangible las fuerzas que actúan sobre los cuerpos, se trazan, desde sus puntos de aplicación, líneas rectas que indiquen las direcciones; y para determinar sus intensidades respectivas, se marcan, á partir de sus puntos de aplicación, sobre las líneas que determinan la dirección de cada una de las fuerzas, tantas veces el elemento lineal que se acepta como representación del kilogramo ó unidad de fuerza, cuantas se encuentre este contenido en el número que expresa la intensidad de cada fuerza.

Los aparatos que se utilizan para comparar y medir las fuerzas, fundados generalmente sobre el empleo y la flexión de láminas de resorte, se denominan *dinamómetros*. La serie de estos instrumentos que emplea la industria es ya bastante numerosa, algunos de ellos son verdaderas romanas basadas sobre el empleo de resortes planos ó espirales; otros miden directamente por medio de indicaciones constantes é independientes de la atención del observador, así los esfuerzos desarrollados, como los efectos mecánicos producidos.

Comprende la calificación de máquinas motoras, ó de *receptores*, á los aparatos que exigen en general los motores para ejercer y transmitir su acción, según datos que corresponden al aprovechamiento del trabajo máximo del motor, cuya acción reciben y comunican en primer lugar. Tales son las máquinas de vapor y las ruedas hidráulicas.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

## EL JARDINERO DE LOS SALONES

Ó ARTE DE CULTIVAR

LAS FLORES EN LAS HABITACIONES, EN LAS VENTANAS Y EN LOS BALCONES

POR ISABEAU

VERTIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO POR

D. JOSÉ BRUN Y PAGES.

(Continuación.—Véase el n.º 18)

### CAPÍTULO V.

#### EL JARDÍN EN EL INVERNÁCULO PORTÁTIL.

Su construcción.—Plantas que pueden cultivarse en él.—Su principal utilidad.—Multiplicación de las plantas de adorno.—Semilleros.—Vivero de semillas de Azaleas.—Trasplante y cría de la joven planta.—Iguales cuidados para las semillas de Rhododendrones.—Vivero de pepitas de naranja.—Cría de la planta.—Vivero de semillas de clavel Flamenco.—Vivero de semillas de

Francesillas.—Separación de los tiernos asideros.—Época de su primera florescencia.

El grupo de plantas que es posible cultivar con éxito en la habitación, es notablemente mayor cuando, en vez de adornar el velador del salón con un gran canastillo lleno de un surtido de plantas crasas enanas, se dedica este sitio á un invernáculo portátil. Esta especie de invernáculos, así como las jardineras, pueden recibir toda especie de adorno exterior, según el mueblaje con el que forman juego, lo cual depende absolutamente del gusto y de la posición de los que se proponen utilizarlas.

#### Invernáculo portátil frío.

El invernáculo portátil puede ser frío, es decir, desprovisto de los medios particulares de darle calor; y puede ser templado, es decir, provisto de un aparato para producir el calor artificial. Salvas la elevación y adornos más ó menos elegantes, uno y otro se reducen á un escaparate, cuyos vidrios, sostenidos por una ligera armadura de hierro, se unen unos con otros por medio de unas cintas de plomo. Varios de los cristales superiores se abren á beneficio de unas charnelas, ya para que penetre el aire en el interior del invernáculo, ya para poder atender al cultivo de las plantas que encierra.

Sin más que un invernáculo portátil frío se pueden hacer una multitud de experimentos interesantes que permiten obtener resultados admirables en horticultura. Las macetas pequeñas y medianas que encierra el invernáculo, pueden alimentar un variado número de plantas escogidas tomadas de la serie de vegetales de adorno, no tan solo de los correspondientes al invernáculo frío, si que también de los del invernáculo templado: en razón de que si bien el invernáculo portátil frío no tiene aparato particular de calefacción, está colocado en un aposento habitado, del que necesariamente ha de tomar el temple; temple que, con corta diferencia, es el del invernáculo templado.

#### Utilidad principal del invernáculo portátil frío.

Es muy probable que muchas personas de las que tú conoces ó tratas con mayor frecuencia ó intimidad, sean aficionadas como tú á la jardinería de salón. Si puedes disponer de un invernáculo portátil frío, solo de tí depende multiplicar al infinito, por decirlo así, las plantas de adorno más buscadas; de modo que después de reservarte el número que exige el sostenimiento de las colecciones, te quedará abundante provisión con que servir á los amigos.

Para lograr este resultado, es preciso llenar de buena tierra de matorral arenisco las macetas encerradas en el invernáculo portátil frío, y luego procurar en ellos á nuestro gusto la multiplicación. Nada más divertido, bien se guarden los productos, bien se les regale cuando han llegado á cierto grado de desarrollo: tres son los medios de que puedes disponer: la *sementera*, los *esquejes* ó *estacas*, y el *injerto*: ninguno de estos tres medios es dificultoso; para que tengan buen resultado, solo se necesita cuidado y paciencia.

#### Sementera ó semilleros.

La lista de las plantas de adorno que se pueden multiplicar en macetas en el invernáculo portátil, es excesivamente numerosa, aun cuando se las dedique solamente á la jardinería de gabinete. Nosotros solo escogeremos algunas de las de más interés; su multiplicación en semillero te dará una idea exacta de la de todas las demás, entre las cuales puedes escoger las que sean más de tu agrado.

#### Sementera de granos de Azalea.

Empecemos por las Azaleas. Procura adquirir simientes de las que por su variedad son más buscadas: no siempre reproducen las semillas exactamente al arbusto de que han sido recogidas; pero esto es tanto mejor, porque cuando tus plantas jóvenes de semillero florezcan por primera vez,

te verás agradablemente sorprendido al encontrar en ellas vistosas novedades, ya por la anchura de las corolas, ya por el brillo ó lo delicado del colorido; aquellas cuya florescencia no te parezca satisfactoria, que serán en corto número, podrás aprovecharlas como objetos, para hacer injertos de las especies que más te agraden. Ten cuidado de no cubrir la semilla de la Azalea con más de tres ó cuatro milímetros de tierra que tendrás constantemente fresca, pero sin exceso de humedad, lo que se logra regando á menudo la maceta con poca agua cada vez. Colocadas bajo el invernáculo portátil, las macetas solo estarán en contacto en su exterior con una atmósfera cargada de humedad y que no se renueva; la evaporación es casi nula, y la temperatura dulce y muy igual; condiciones las más á propósito para conseguir una buena germinación, ó una buena cosecha, como dicen los jardineros. Procura que en cada maceta haya muy corto número de semillas, para que tengan el espacio conveniente y no se incomoden las unas á las otras cuando sean plantas. Cuando tengan bastante consistencia para resistir el trasplante, las arrancarás una á una, y las trasplantarás aisladamente en pequeñas macetas, donde continuarán creciendo hasta que sean demasiado grandes para seguir ocupando el invernáculo portátil. Entonces escoge las que más te agraden, y regala las demás, que de seguro serán siempre bien recibidas.

Las semillas de Rhododendrones se siembran con las mismas condiciones que las de Azaleas, y dan el mismo resultado.

#### Sementera de pepitas de naranja.

Uno de los arbustos que no puedes dejar de multiplicar por semillero en el invernáculo portátil es el Naranja. Sembrarás pepitas de naranjas ó de limón bien maduras: estas se crían mejor. En vez de tierra de brezo sola, es mejor para estas pepitas una mezcla de brezo y de buen estiércol. Los jardineros de profesión encierran en un criadero caliente cubierto de vidrieras las macetas en que han sembrado las pepitas de naranja ó de limón, pero lo hacen por ganar tiempo, que para ellos es ganar dinero. Tú, lector, que no obrarás bajo el imperio de las mismas necesidades, sembrarás las pepitas en febrero, época del año en que hay fuego en tu gabinete, por lo que la temperatura de tu invernáculo portátil frío será bastante alta para que nazcan á los quince ó veinte días. Tus jóvenes árboles de sementera estarán, entre paréntesis, mucho mejor al abrigo de tu invernadero portátil que cualesquiera otros: durante su primer período de crecimiento un exceso de aire ó de luz les sería dañoso, así tendrás el placer de verlos crecer con rapidez si los riegas con moderación. Hacia el mes de julio estarán ya fuertes, y entonces las ventanas del invernáculo deberán estar abiertas frecuentemente para acostumbrar á los Naranjos jóvenes al contacto del aire. Algunos podrán injertarse hacia Todos Santos, y los demás se injertarán en la primavera siguiente, y cuando veas desplegarse su primera florescencia, te será más agradable que ver todas las flores de Naranja de las naranjerías de las Tullerías, del Luxemburgo y de Versalles reunidas.

#### Semillero de granos de Claveles Flamencos.

Al lado de tus semilleros de Azaleas, de Rhododendrones y de Naranjos, siembra granos de Claveles Flamencos, en la misma mezcla de tierra de brezo y estiércol que he indicado como la más conveniente á las pepitas de Naranja y de Limón. La planta trasplantada luego que tenga algunos centímetros de alto, te dará al año siguiente claveles de lo más escogido, y que serán uno de los más bellos adornos de tu jardinera.

#### Siembra de semillas de Ranúnculo (Francesilla).

Siembra también semillas de Ranúnculo, flor encantadora, sin defecto ni en la forma ni en el colorido; solo le falta el perfume; pero para la jardinera de gabinete no es quizá defecto. Para el semillero de granos de Ranúnculo, pro-

cúrate un poco de estiércol de vaca bien seco y pulverizado; la lechera por algunos centímetros te llenará de estiércol muchas de las pequeñas macetas de tu invernáculo frío portátil. Después de haber humedecido este estiércol, porque el excremento vacuno bien seco se convierte en estiércol, siembra, cubriéndolas muy poco, las semillas de Ranunculo, y al cabo de algunos días las verás crecer. Cuando veas marchitarse y ponerse amarillas las pequeñas hojas del plantío de semillero, deja en seguida de regarlas; retira del invernáculo frío portátil al cabo de algunos días las macetas cuyo contenido esté enteramente seco; desmenuza ese contenido con precaución, y pásalo á través de un cedazo de hoja de lata cubierto de agujeros muy finos. Sobre el cedazo quedarán pequeños asideros de Ranunculos, que solo tendrán dos ó tres dedos cada uno.

¿Temas que esos asideros tan delicados te hagan esperar largo tiempo su florescencia? Te engañas. A la primavera del año próximo los plantarás en macetas para flores de tamaño regular, en una mezcla de buena tierra ordinaria de jardín y de estiércol: todas florecerán antes del fin del verano. Has visto cuántas cosas puedes hacer en horticultura en el invernáculo frío portátil, solo por medio de los semilleros: los esquejes te ofrecen placeres no menos variados, y los injertos, que tus dedos dedicados á obras delicadas sabrán ejecutar con perfección, te proporcionarán igual placer: al cabo de algun tiempo tendrás alrededor de ti una generación completa de plantas de adorno que tus cuidados habrán hecho nacer, y que tu atención constante hará prosperar, y acabarás por apreciar á todos esos preciosos vegetales como á amigos, pudiéndolos considerar como creaciones tuyas.

## CAPÍTULO VI.

### DE LOS ESQUEJES EN EL INVERNÁCULO FRÍO Ó CALIENTE.

Arte de esquejar. — Cómo echan raíces los esquejes. — Esquejes en el invernáculo frío portátil. — Esquejes de plantas crasas enanas. — Qué es preciso para que echen raíces. — Esquejes de hojas y de pedazos de hojas. — Esquejes de Begonias. — Esquejes de rosales enanos de Bengala. — De rosales de la China. — De Pelargonios. — De Crisantemos de la India. — Esquejes en el invernáculo portátil caliente. — Cómo se construye este invernáculo. — Esquejes de Camelias destinadas á injertarse.

#### Arte de injertar.

Indudablemente es uno de los hechos más curiosos de todos los que revela el estudio de fisiología vegetal, la prodigiosa multiplicidad de recursos dispuestos por la naturaleza, para la propagación de los vegetales. La vida está diseminada en todas las partes de las plantas con tanta profusión, que en muchas de ellas el fragmento más pequeño, colocado en condiciones á propósito, se convierte en una planta perfecta. El arte de esquejar descansa en el conocimiento de este orden de hechos. Por si no lo has hecho nunca, ni lo has visto hacer, yo te diré, lector, que esquejar es arrancar de la planta madre una parte, con la esperanza de que puesta en tierra, pueda echar raíz.

¿Qué es necesario hacer para que un esqueje eche raíz? Es necesario que el esqueje pueda vivir bastante tiempo con su sola energía vital para llegar al momento en que las raíces jóvenes recientemente formadas tomen su alimento de la tierra. Cuando el tejido de la planta es blando, cuando contiene mucha agua, y se deja la rama desgajada que ha de servir de esqueje espuesta al aire, el esqueje no echa raíz, se seca muy pronto y la operación ha sido infructuosa. Pero las raíces se forman siempre, cuando por la falta del aire exterior se entorpece la evaporación manteniendo siempre la parte inferior del esqueje en un centro constantemente húmedo, que le obliga á echar raíz.

#### Esquejes en el invernáculo frío portátil.

Este epígrafe te hará entrever ya la gran utilidad que para tu invernáculo frío portátil ha de

tener la multiplicación de toda especie de vegetales por medio del esqueje.

Podemos empezar por tus bonitas plantas crasas enanas, cuyos pedacitos desgajados echarán raíz bajo tu abrigo con una docilidad maravillosa. Toma por ejemplo una graciosa Opuntia enana; separa una de sus pequeñas ramitas, cortándola por su base con una navaja bien afilada. Si al momento que la has cortado, la pusieses en la tierra como esqueje, la superficie de la herida, en contacto con la tierra, se pudriría, y nunca, por consiguiente, echaría raíces. Para evitar esto, ten la precaución de tener el injerto tendido dos ó tres días en uno de los aparadores de tu invernáculo, para que la herida empiece á cicatrizar, y entonces la plantarás como si ya tuviese raíces, las que en efecto no tardará en tener. Para asegurarte de que es así, no tienes necesidad de separarla la tierra, como hacen los niños cuando siembran una habichuela, que la miran dos ó tres veces al día para ver si empieza á germinar y consiguen con eso que no lo haga nunca; porque luego que el esqueje haya tomado posesión de la tierra de la maceta con sus débiles raíces, no dejará de hacértelo conocer, dando nacimiento en su parte superior á pequeñas ramitas. En cualquiera planta multiplicada por esqueje, el crecimiento de la parte superior es la señal más segura de la existencia de raíces jóvenes. Todas las plantas crasas enanas del jardín sobre gradería se injertan como la Opuntia, teniendo cuidado de dejar que las partes que han de ser esquejes, se sequen al contacto del aire antes de plantarlas en las macetas abrigadas en el invernáculo frío portátil.

#### Esquejes de hojas.

Si en cada estación has de variar el adorno de tu jardinera, debes tener, para cuando llegue el caso, Achimenes en flor. Son unas bonitas plantas que dan muchas flores, que se cultivan con facilidad, que se parecen mucho por su forma tubular á las de *Panlownia*, y son de un hermoso color de violeta claro igual, ó de un rojo de fuego, listadas en el interior de amarillo y púrpura. Arranca una hoja de Achimenes, esquéjala por su pedúnculo, y de seguro echará raíz y se hará en poco tiempo una planta semejante á aquella de que fué separada. Pero si la especie que deseas multiplicar por este medio es rara, y no tienes más que una hoja, debida á la atención de un apasionado á ella, debes partir la hoja por su nervio principal, y después parte también cada mitad en cuatro ó cinco pedazos en la dirección de sus nervios laterales. Cada pedacito tratado como un esqueje, echará raíces, pero como los tejidos de la planta son muy flojos y la evaporación haría perecer en pocos días á los esquejes, será muy prudente que además del abrigo del invernáculo frío, se cubra cada uno con un pequeño vaso boca abajo.

#### Esquejes de Begonias.

Otro género de plantas no menos agradable, el género *Begonia*, se multiplica por esquejes de hojas, de una manera análoga. Los pedúnculos de las hojas de las Begonias son de forma cilíndrica; los de la *Begonia manicata*, ó *Begonia* de cabos, están adornados de una franja elegante hacia la mitad de su longitud. Si esquejas una de estas hojas en tu invernáculo portátil, no te admires al ver al cabo de algunos días marchitarse la hoja entera, arrugarse como si un violento rayo de sol la hubiese abrasado: la vida vegetal se retira al pedículo, pero el resultado de la operación no es dudoso. Cuando la hoja se haya secado, arranca el pedículo, y aunque propiamente hablando no habrá raíces, sin embargo, alrededor de su borde inferior distinguirás ya algunos tubérculos que forman una especie de reborde bastante saliente, y esos son los principios de las raíces próximas á salir. Parte en cinco ó seis tiras á lo largo, el pedículo, espeso y carnudo, que estará vacío por adentro, y cada tira, con tal que tenga por abajo una parte del reborde, del que deben salir las raíces, se hará en poco tiempo una her-

mosa planta de *Begonia manicata*; podrás hacer tantos esquejes como pedazos hayas podido sacar del pedículo y todos echarán raíces.

Una infinidad de plantas de invernáculo frío y de invernáculo caliente pueden multiplicarse así en tu invernáculo portátil, y esto será para ti un tesoro inapreciable de recreo, al mismo tiempo que un precioso recurso para renovar el adorno de la jardinera y de la gradería en toda estación.

#### Esquejes de Rosales.

Puedes reunir una colección de Rosales de pequeña talla, tomados de la serie de Rosales de Bengala, y de los de la China, desde el Bengala enano, que vive en una gran maceta, tan grande como una huevera, hasta los rosales de China de flor nacarada subida, que viven muy bien en un vaso de tamaño ordinario. El menor fragmento que esquejes de una de las ramas de estos rosales en un invernáculo frío portátil, echará raíces y mostrará sus flores al año siguiente.

#### Esquejes de Pelargonios y de Crisantemos.

No te olvides de esquejar también una buena porción de las más hermosas especies de Pelargonios de fantasía, y de Crisantemos de la India, especialmente de Crisantemos, pequeñas pero encantadoras plantas, que dan muchas flores todo el invierno, y que reúnen, por decirlo así, á escepción del azul claro, todos los colores del arco iris, desde el blanco más puro y el púrpura pronunciado, hasta el negro. Tienen además estos Crisantemos, bajo el punto de vista del esqueje, una propiedad particularísima, digna de llamar la atención, y es, que se pueden esquejar en cualquier período de su vegetación: si los encuentras cuyas dimensiones naturales están en relación con el espacio de que se puede disponer, toma para esqueje renuevos de cinco ó seis centímetros de largo; muy pronto echarán raíces, llegarán con tiempo á las dimensiones normales de su especie, y entonces florecerán; pero si, por el contrario, tienes poco espacio de que disponer respecto á la dimensión de la planta, aguarda para sacar esquejes á que los botones que terminan la estremidad superior de las ramas hayan llegado á la mitad de su grosor, entonces córtalos, plántalos en macetas y bien pronto echarán raíces. Los botones continuaran desarrollándose y obtendrás tan buena florescencia como en las plantas que han continuado enteras: solo diferirán en la altura, porque estas no la tendrán mayor de la que tenían en el momento de colocarse en la tierra.

#### Esquejes en el invernáculo portátil caliente ó estufa.

Hasta aquí solo he hablado de los esquejes que con buen resultado pueden hacerse en el invernáculo frío portátil; otros muchos y muy interesantes pueden conseguirse si en vez de limitarse al invernáculo frío portátil, se adopta para velador de la sala un invernáculo portátil caliente. Aparte de la forma, que puede variar según el gusto de cada uno, la diferencia esencial entre uno y otro invernáculo portátil, es que el segundo puede calentarse cuando se quiera, porque la columna ó pié del invernáculo está hueca, y tiene en su interior una lámpara con espíritu de vino que se enciende cuando hay necesidad de calentar el invernáculo. Inmediatamente, encima de esta lámpara, hay una cavidad llena de agua y cubierta por un diafragma de barro cocido, donde descansan las macetas en que viven las plantas cultivadas en el invernáculo portátil. Cuando hay necesidad de echar agua para reemplazar la que se evapora á consecuencia del calor de la lámpara, se hace uso de un pequeño embudo que ajusta perfectamente al agujero que hay para este objeto en la cavidad que la contiene. Una porción de agujeros laterales dan salida al vapor de agua. Aunque el calor producido por la llama de la lámpara no sea muy fuerte, basta, sin embargo, para calentar el agua de la cavidad que está en comunicación con el diafragma de barro cocido, y darle una buena temperatura: la de la

atmósfera interior del invernáculo se eleva en la misma proporción, y se mantiene con facilidad el grado constante del invernáculo templado, esto es, de doce á diez y ocho grados centígrados.

**Esquejes de Camelias.**

Con este aumento de recursos, plantas muy hermosas que no se lograría que echasen raíces en el invernáculo frío, producirán en el invernáculo caliente, botones que tendrás el placer de ver crecer, y que añadirán á tu coleccion y al adorno de flores de tu gabinete, una agradable variedad. Empecemos por los esquejes de Camelia: esta, que es el rey de los arbustos, muy difícilmente echaria raíces en el invernáculo frío; necesita la ayuda del calor artificial, y sus esquejes arraigan á los quince ó veinte dias en el invernáculo portátil caliente. Por último, debes tener en cuenta que las mas bellas variedades de Camelias, aunque puedan arraigar por esqueje, no producen por este medio de multiplicacion mas que plantas de mala forma, raquíticas y poco dispuestas á una buena florecencia. Es preciso esquejar tan solo ramas de Camelia de flor sencilla blanca, de flor doble ó rosa punteada, de las que los ingleses llaman Pinck, y estas te proporcionarán cuantos injertos quieras, injertos que se harán arbustos tan vigorosos como los puedes desear: cuando estos arbustos tengan un año ó año y medio, podrás multiplicar, por medio de injertos, las especies y variedades mas escogidas, y de seguro corresponderán á tu deseo. El injerto es una entretenida operacion de horticultura de gabinete, que no se puede hacer fácilmente en el invernáculo frío portátil: en el invernáculo caliente, por el contrario, puedes injertar toda clase de arbustos de adorno, y desde luego te aseguro el resultado de tus injertos; no perecerá ni uno.

(Se continuará).

**CRÓNICA ESTRANJERA.**

A pesar de la gravedad de las noticias últimamente recibidas, por las cuales se considera comenzada la guerra entre Austria y Cerdeña, creese todavía que la paz no llegará á alterarse de un modo formal y de tristes consecuencias. Persistese en atribuir á la diplomacia una habilidad que en ciertas circunstancias debe serle sumamente difícil poseer, sobre todo si las naciones enemigas han llegado á las manos, bien sea por sí mismas, sin intervencion de sus gobiernos, bien sea de un modo oficial y consentido por estos. De todos modos los despachos telegráficos han sido muy alarmantes para los que á toda costa quieren la conservacion de la paz. Por ellos se ha sabido que un ayudante de campo del emperador de Austria ha llevado al gobierno piamontés la intimacion de desarmar su ejército, que el ayudante debia esperar solo tres dias, habiendo declarado Austria que consideraba como una negativa por parte del Piamonte cualquiera respuesta dilatoria. Las Cámaras sardas tenian frecuentes reuniones.

El *Moniteur* de Paris ha ratificado la anterior noticia, diciendo que el Austria concedia tres dias al Piamonte para proceder al desarme, y que Inglaterra y Rusia habian protestado contra la conducta que en estos momentos seguia la corte de Viena. El mismo *Moniteur* ha publicado varias ordenes mandando formar seis cuerpos de ejército. El mariscal Magnan mandará el ejército de Paris; Castellane, el de Lyon; Baraguay d'Hilliers, el primer cuerpo del ejército de los Alpes; el general Mac-Mahon, el segundo; el mariscal Canrobert, el tercero, y el general Niel, el cuarto.

Un despacho telegráfico espedido en Paris, añade, que el general Randon ha sido nombrado mayor general del mismo ejército de los Alpes, que el cuerpo de observacion que debe situarse en Nancy, será mandado por el duque de Malakoff, tomando el mando de un cuerpo aparte el príncipe Napoleon, y finalmente que el emperador

*Napoleon III* habia decidido tomar el mando general del ejército. Otros despachos telegráficos anuncian haberse puesto al frente de sus respectivos cuerpos de ejército muchos de los mencionados generales. Se habla ya de ataques hechos por los austriacos y de prevenciones llevadas á cabo en las fronteras por los piamonteses; pero muchas de las noticias mas alarmantes merecen confirmarse.

Entre tanto el gobierno inglés ha llamado á Londres á su representante en la corte de Turin, para conocer mejor las verdaderas pretensiones del Piamonte, y al hablar los diarios británicos de esta medida, creen que el conde de Cavour quizá está dispuesto á modificar sus recientes determinaciones. En fin, la atencion de Europa se halla concentrada en estos momentos en el teatro de las actuales disidencias europeas, y por mas que nos lleguen noticias tan exageradas como contradictorias, no creemos oportuno, al menos por hoy, en aventurar asertos que podrán verse desmentidos fácilmente. No por esto dejarán los lectores de este semanario de estar al corriente de todos los acontecimientos que por cualquier concepto ocurran en el extranjero.

Las fuerzas militares del Piamonte se hallan evaluadas del modo siguiente, segun la *Gaceta militar universal* de Darmstadt.

	PIE DE PAZ.		PIE DE GUERRA.	
	Hombres.	Caballos.	Hombres.	Caballos.
Estado mayor general..	37	149	37	149
Plana mayor del cuartel-maestre general..	54	81	54	81
Tropas de la casa real..	206	42	206	42
Infantería. . . . .	31,370	136	60,450	136
Caballería. . . . .	5,103	4,284	6,840	6,210
Artillería. . . . .	4,212	1,310	8,260	5,114
Ingenieros. . . . .	4,253	30	2,053	30
Tropas de sanidad. . .	184	»	306	»
Idem de administracion..	4,128	257	4,977	4,002
Idem de guarnicion..	1,556	»	1,556	»
Cuerpo administrativo..	343	»	411	»
Idem justicia militar..	436	»	436	»
Gendarmeria. . . . .	3,747	1,273	3,747	1,273
<b>Total..</b> . . . .	<b>49,533</b>	<b>7,562</b>	<b>89,035</b>	<b>17,037</b>
Depósitos. . . . .	»	»	23,100	1,720
<b>Total general.</b> . . .	<b>»</b>	<b>»</b>	<b>112,135</b>	<b>18,757</b>

JANER.

**CRÓNICA ESPAÑOLA.**

Por real decreto inserto en la *Gaceta* del 16 de abril, se ha reformado el real decreto del 2 de mayo de 1851, del modo siguiente:

Art. 1.º Corresponde á la direccion general de Correos el nombramiento de los peatones conductores de la correspondencia pública y carteros balijeros de los pueblos, cuyo haber se satisfaga de los fondos del Estado; y á los gobernadores de provincia el de los que se hallen retribuidos de los fondos municipales, ó esclusivamente con el cuarto en carta; unos y otros á propuesta de los ayuntamientos.

Art. 2.º Los ordenanzas de las administraciones de Correos serán nombrados por los administradores principales.

Art. 3.º Los carteros de las administraciones lo serán por los administradores de las respectivas dependencias.

Art. 4.º Los gobernadores de provincia y administradores de Correos, darán cuenta á la direccion general del ramo de todos los nombramientos que hagan para cubrir los espresados cargos.

Art. 5.º Para la provision de los destinos de peatones, carteros y ordenanzas, se dara preferencia á los licenciados del ejército, guardia civil y veterana, con buena nota.

—La *Gaceta* del 18 de abril publicó el reglamento provisional para el cuerpo de Estado Mayor de plazas, aprobado por S. M. en real decreto de 31 de marzo de 1859.

—Por real decreto publicado en el periódico

oficial del dia 19 del mismo, se ha mandado proceder á la demolicion de las obras hechas para aprovechar las aguas de la acequia de las Vegas, como fuerza motriz de un molino harinero y de una fábrica de hilados, por no haber observado las reales disposiciones que rigen sobre la materia.

—Por real decreto del mismo dia, ha sido autorizada en las islas Baleares una sociedad anónima que, con el título de *Sociedad del alumbrado del gas de Palma de Mallorca*, y contando con un capital de 3.000,000 de rs., se propone, como objeto, la fabricacion del gas con aplicacion al alumbrado y demás usos que la misma determine.

—Por real orden publicada el dia 20 de abril, se ha declarado adjudicada la concesion del ferrocarril de Alcázar de San Juan á Ciudad-Real, á D. Antonio de Lara, marqués de Villamediana, con subvencion de 15.899,243 rs. por toda la línea, ó 141,369 rs. 32 cént. por kilómetro, además de las obras hechas en la parte emprendida desde la venta de Herrera á Ciudad-Real.

—Por real decreto del jueves 21 de abril, se han convocado á las actuales diputaciones provinciales para la primera reunion ordinaria del corriente año, la cual deberá principiarse el dia 1.º de mayo próximo, en la Peninsula é islas Baleares, y el 20 del propio mes en Canarias.

—De real orden se ha mandado al gobernador civil de Sevilla que disponga inmediatamente la continuacion de las obras de la carretera de Sevilla á Huelva.

—En la sesion del Congreso del dia 16 de abril fué aprobado el dictámen de la Comision sobre la peticion de varios propietarios industriales, á fin de que se limiten los derechos que á los dueños de casas les concede la ley de inquilinatos.

—En la propia sesion fué tomada en consideracion una proposicion relativa al aumento de subvencion de una línea férrea de Extremadura.

—En la sesion del dia 19 se tomaron en consideracion una proposicion relativa al ferrocarril de Lérida, y otra para el establecimiento de un ferrocarril con objeto de facilitar el transporte de minerales.

—De resultas de un motin que ha ocurrido en el pueblo de Pinarejo, provincia de Cuenca, en el que se ha allanado la casa del maestro de escuela, han salido para dicho pueblo, de la cabeza del distrito, el juez de primera instancia, y de esta capital un oficial del gobierno civil. La guardia civil salvó al maestro de escuela, y el juzgado procede contra los criminales. La tranquilidad está restablecida.

—El dia 16 de abril, en Toledo, ocho ó diez hombres armados robaron la casa de D. Casimiro del Cerro, llevándose varias alhajas de plata y oro, diez ó doce mil duros en napoleones y duros españoles, y otro tanto en monedas de oro.

—En el puerto de la Coruña ocurrió el dia 10 una espantosa catástrofe. La lancha del práctico salió á remolcar el vapor francés *Maria-Estuardo*, y perecieron los siete hombres que la tripulaban, dejando todos en el mayor desamparo á sus familias. Se ha abierto una suscripcion para socorrer á estas.

—En una casa principal de Valencia se ha descubierto un tesoro. Constaba su existencia y el punto donde se hallaba oculto desde la guerra de la Independencia á su último poseedor, el cual, recientemente, poco antes de fallecer, lo reveló en Madrid á sus herederos; persona autorizada por estos ha registrado el sitio que se le indicó, y ha encontrado una vasija que contenia mil onzas y un duro.

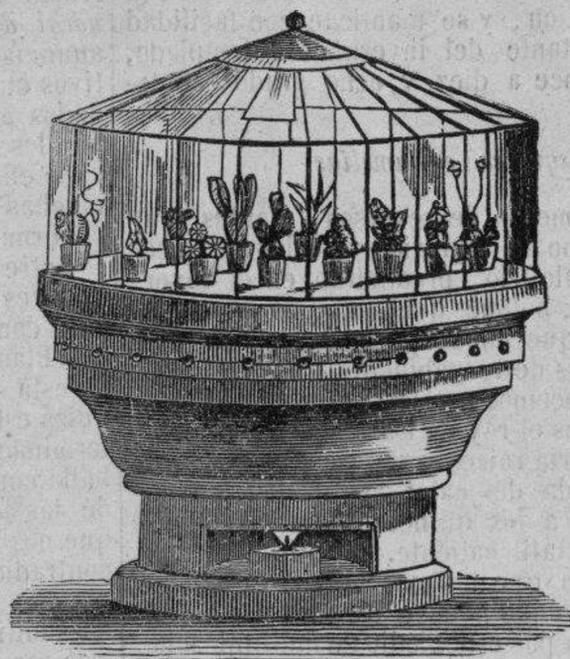
—Los periódicos de Barcelona dicen que el próximo verano trabajarán en el teatro principal de aquella ciudad la señora Matilde Díez y los señores Romea, Arjona y Catalina.

—Afortunadamente han empezado las lluvias en Albacete, Almería, Badajoz, Cáceres, Cádiz, Ciudad-Real, Córdoba, Coruña, Guadalajara y demás provincias de la peninsula.

—D. Leopoldo Lopez y D. Manuel Tolosa tuvieron la honra, dias pasados, de someter á la real consideracion de SS. MM. un proyecto de baños y lavaderos de nuevo sistema.



Invernáculo portátil frío.



Invernáculo portátil caliente (ó estufa).

—El jueves santo asistieron SS. MM. la reina y el rey á la funcion religiosa que hubo en la Capilla real. Terminada esta funcion, pasaron al salon de columnas, donde S. M. la reina, revestida con todos los atributos de la soberanía, ha lavado los piés á doce mujeres pobres en presencia de la córte y de todos los altos dignatarios de la nacion. S. M. el rey ha hecho lo mismo con trece hombres. A las cuatro de la tarde salieron á pié SS. MM. por la puerta principal de palacio para visitar las estaciones. Al lado derecho de S. M. la reina iban el príncipe Adalberto, el presidente del Consejo y el nuncio de Su Santidad. Seguian muchas damas de honor vestidas con estraordinario gusto y lujo.

JUAN DEL CORREO.

## BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

*Nuevo manual de medicina homeopática*, por el Dr. J. H. G. JAHR; traducido al castellano por D. Silverio Rodriguez Lopez. Madrid, 1858. Cuatro tomos en 8.º; Bailly-Bailliere, editor, Principe, 11.

La nueva edicion del *Manual del Dr. Jahr*, traducido de la última edicion francesa, está enteramente reformada: entre otras mejoras ofrece la tabla mas completa y metódica de la doctrina homeopática hasta nuestros dias, así es que se halla, no solo el REPERTORIO ENTERAMENTE REFUNDIDO Y AUMENTADO, con un número considerable de indicaciones, de cuanto comprende la materia médica en hechos importantes, sino ademas, en la primera parte de la obra, muchos medicamentos nuevos á mas de los treinta y cinco que se habian aumentado en una de las anteriores ediciones, con una *tabla alfabética de las indicaciones mas importantes*. En una palabra, no hay un solo medicamento, al cual no haya añadido el autor nuevas confirmaciones prácticas.

No solo consideramos esta obra como muy útil y única en su clase para los PRÁCTICOS, sino que es tambien de inmensa importancia para los que se dedican al estudio de la homeopatía. Las numerosas ediciones y traducciones que se hacen en todas las naciones, seria suficiente por si solo

para hacer conocer su mérito, el que garantiza completamente el nombre de su autor.

*Mis gandulerías*, poesias de D. Cayetano SANZ DE TUESTA.—Alicante, 1858.

No las pretensiones del poeta erudito, didáctico ó ejercitado en algun género clásico del arte, entendiendo por clásico lo que versa acerca de una severa exposicion de las ideas poéticas, han creado el libro divertido y variado del Sr. Tuesta. El objeto del presente libro tan solo ha sido el divertir á los lectores, y cierto que su ejecucion, bajo tal propósito, ha sido cumplida. En poco espacio encierra agudezas y chistes abundantes bajo varios metros y motivos, y si bien alguna de estas ligeras poesias no siempre rayan á igual altura en cuanto á la oportunidad, hay otras muchas en cambio, que no pueden menos de considerarse como un prodigio de buen humor.

Por lo demas tambien las composiciones, que se dirigen á recrear casi exclusivamente, forman un género que tiene su especial objeto, y no carece de su determinado y aun marcado y crecido interés, puesto que la amenidad en el género literario puede y debe á veces hacerse exclusiva en favor de la distraccion del espíritu, que si en general necesita en muchas ocasiones de la vida apartarse de los serios cuidados y de las intensas meditaciones, que continuadas hasta comprometen su existencia; en nada puede hallar tan saludable descanso como en una lectura entretenida y versátil, que sin romper con las letras, las hace mas llevaderas y atractivas.

El libro del Sr. Tuesta es muy á propósito para llenar un vacío, que tratan de suplir con exceso las novelas y otras semejantes producciones, que mas que lo que divierten, distraen perjudicialmente el espíritu.

FRANCISCO GAYOSO.

## BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

*Revue Francaise*.—Paris, aux bureaux de la *Revue Francaise*, 5, rue du Pont-de-Lodi: 1859.

Esta interesante revista encierra artículos literarios y científicos, revistas críticas, poesias,

novelas, etc, etc, debida á las plumas de los primeros escritores parisienses. Tambien da á conocer el estudio de la literatura de los demas países, y respecto de las literaturas antiguas ofrece de vez en cuando escelentes ejemplos á sus lectores. No há mucho tiempo que publicó en sus páginas la célebre novela del gran Miguel de Cervantes Saavedra, *El Licenciado Vidriera*, bellamente traducida al francés por Carlos Romey.

Publicase por cuadernos de escelente impresion que ven la luz pública los dias 1.º, 10 y 20 de cada mes. La *Revue Francaise* cuenta ya quince volúmenes en venta, al precio de 7 francos 50 céntimos cada uno. La coleccion completa cuesta 105 francos. La suscripcion anual en España es solo de 29 francos.—El último cuaderno encierra las materias siguientes: *Les dernières confidences du genie de Beethoven*, par P. Lacurie; *La famille Moreau*, par Edmond Castellan; *Poésies*, par Henri Cantel; *Nouvelle*, trad. par F. Dabadie; *Mœurs chevaleresques du XV siecle*, par Florencio Janer; *Quelques mots sur Virgile*, par Adrien Vignier; *Bulletin des beaux arts, theatres, etc*, par Jean Morel.

*Histoire du Gouvernement parlementaire en France*, par Mr. DUVERGIER DE HAURANNE. T. III. Un vol. in 8.º, Michel Lévy.

Los dos primeros volúmenes de esta importante publicacion han sido acogidos por el público con un favor tan justificado, por el mérito del escritor, como por el oportunísimo recuerdo de la necesidad de esclarecer los asuntos públicos, mediante la discusion parlamentaria. El tercer volumen prosigue con dignidad el mismo orden. Abraza los curiosos sucesos ocasionados á principios de la segunda Restauracion y continúa la historia de la época tan cercana á la nuestra, hasta el decreto de 5 de setiembre de 1816. El relato de la segunda caída de Napoleon merece sobre todo la atencion por el modo enérgico é independiente con que lo ha expuesto el autor y por la exacta y razonable exposicion, que ofrece del carácter de aquel hombre y causas que debian necesariamente acarrear su ruina.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,  
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Preciosa*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 289.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 294.—*Viaje á Alemania*, pág. 297.—*Curso familiar de literatura* por Lamartine, pág. 299.—*Seccion científica*, pag. 300.—*El Jardinero de los salones*, por Isabeau, pág. 301.—*Crónica estranjera*, pág. 303.—*Crónica española*, pág. 303.—*Bibliografía española*, pág. 304.—*Bibliografía estranjera*, pág. 304.

**Advertencia importante.**—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.